

Testimonio

de un sindicalista de la construcción
de Madrid durante el Franquismo:

Macario Barjas López



Agustín Moreno García



*Testimonio de un sindicalista de la construcción
de Madrid durante el Franquismo:*

Macario Barjas López

Agustín Moreno García

Rebelión ha publicado este libro con el permiso del autor mediante una [licencia de Creative Commons](#), respetando su libertad para publicarlo en otras fuentes.



Maquetación actual:

Mayo, 2019

*Libros libres
para una cultura libre*

j

Biblioteca Libre

OMEGALFA

2019

Ω

“Si el movimiento obrero existe no es por la voluntad de una vanguardia mesiánica, sino por la existencia de una condición obrera marcada por la lucha de clases. Por más decretos de abolición que se lancen sobre la lucha de clase, ésta se resucita de sus aboliciones, aunque evidentemente vaya cambiando su disposición a medida que avanza la Historia y no puede describirse y afrontarse como si fuera un factor inmóvil”

Manuel Vázquez Montalbán

SUMARIO:

1. Introducción; 2. Conciencia de clase y compromiso político; 3. La dureza de las condiciones de trabajo y las luchas obreras: movilizarse para reivindicar; 4. La naturalidad y la eficacia de la organización sindical: las comisiones obreras; 5. El papel del PCE en la reconstrucción del sindicalismo de clase; 6. La cultura de la solidaridad y el sentido de la lucha militante.

1. Introducción

Uno de los papeles de la reconstrucción de la historia, desde las fuentes orales, debe de ser el de bucear en la memoria colectiva, entendiendo ésta tal y como la define G.Namer: "la correspondiente a un grupo social real -histórico- en la que los acontecimientos de la memoria individual adquieren un sentido". La memoria colectiva reconstruye el pasado, y asegura una unificación de él y de las memorias anteriores del grupo.

Macario Barjas es claramente un militante significativo de la memoria colectiva a la que nos queremos aproximar. La entrevista, desde mi punto de vista, es particularmente interesante e invita a volver sobre ella para profundizar en unas cuantas caras del prisma. Es rica en anécdotas, que más que conducir a la trivialización, tienen, a veces, la significación de la palabra (son "inéditas") y el efecto del que habla Ronald Fraser: informa en pocas frases de la visión del mundo que tiene el narrador, de su relación con aquellos que tienen el poder y con quien no lo tienen. Una buena anécdota suele ser una respuesta taquigráfica, utilizada conscientemente como tal. Sirven para iluminar las vidas de las personas[1].

La entrevista completa realizada a Macario Barjas puede dar mucho más de sí, desde el punto de vista del análisis y la investigación histórica, sobre la base

1. FRASER, Ronald. "La formación de un entrevistador", en Historia y fuente oral, Barcelona, nº 3, 1.990.

de las fuentes orales. Son muchos los temas que se abordan en ella: relato de vida, los primeros trabajos, el asentamiento en Vallecas, la guerra, el campo de concentración, el servicio militar, el apoyo a la guerrilla urbana, la cárcel, la boda, la construcción, las condiciones de trabajo, las huelgas, la represión, las relaciones con las otras ramas y sectores, el papel del PCE y las relaciones con los demás grupos, la visión de otros compañeros, etcétera. De entre ellos, nos interesa resaltar, en una primera aproximación, los siguientes ejes básicos: la importancia de la pertenencia y conciencia de clase, la dureza de las condiciones de trabajo en la construcción y las luchas obreras, la naturalidad y la eficacia de las comisiones obreras, el papel de los diferentes partidos políticos y los debates ideológicos, la cultura de la solidaridad y la lucha militante.

Su interés radica tanto desde el punto de vista de la trayectoria político-ideológica del protagonista, como de la representación de la realidad sociolaboral y política de los años previos a la República, la República, la guerra civil y el franquismo.

2. Conciencia de clase y compromiso político

La formación de Macario Barjas se ve claramente marcada por su condición de hijo de minero y perteneciente a una familia obrera. Ello, unido al resto de circunstancias familiares y al modo de vida (trabajo de la madre, casa humilde, cinco hermanos, ambiente social popular, escuela con maestro socialista) completa su círculo de condicionamientos en la toma de conciencia.

No importa que el padre no tenga ideas políticas claramente definidas o que las de la madre se adquirieran de forma sobrevenidas por simpatía con la militancia del hijo. El marco es demasiado fuerte: ambiente de mineros con todas las secuelas que se derivan: riesgos de accidentes y enfermedades profesionales (silicosis...), extrema dureza del trabajo, valor de la solidaridad y el apoyo mutuo entre compañeros, etc. También se advierten algunos de los rasgos típicos que configuraban la identificación con la izquierda a través de valores negativos: el anticlericalismo y el rechazo hacia las fuerzas de orden público.

Los primeros trabajos (bar de Puertollano, carpintería de Madrid) asientan la toma de conciencia y se produce el compromiso de la afiliación a un sindicato obrero, la UGT. Aparece la mentalidad justiciera y el espíritu de rebeldía: el no aguantar la injusticia y la búsqueda de la defensa de los demás, aunque no le afecte el tema directamente a él.

Es muy importante el papel del viejo militante ugetista -"El Baúles"- en este proceso de concienciación y también de aprendizaje cultural (aprender las cuatro reglas, el imaginario simbólico clasista: la Internacional, etc.) en la formación de un militante obrero. De esa vieja, y buena, cultura obrera viene la mentalidad de que hay que ser buen trabajador antes de nada, incluso, como dice Macario, "trabajando un poco más que los demás" porque había una vieja máxima obrera que decía: hay que cumplir antes de reclamar. También forma parte de esa cultura la valoración de la dureza en el trabajo y el comportamiento firme ante la policía, es decir, la integridad como trabajador y como militante, que aparece en su visión de otros líderes sindicales. Estos aspectos son muy importantes en el proceso de toma de conciencia social, porque como dice Thompson, "la clase es tanto una formación cultural como económica"[2]

El despido y el veto laboral para trabajar en el sector de la madera, al no producirse la reacción del acobardamiento, no haría más que confirmar la necesidad de combatir la injusticia y, ahora además, la represión patronal. Este es el auténtico salto cualitativo que marca toda una vida de militancia y coherencia personal y política.

Uno de los hechos que han condicionado de manera directísima a toda una generación ha sido la guerra civil. La brutal y objetiva derrota de uno de los ban-

2. THOMPSON, E.P: "La formación histórica de la clase obrera en Inglaterra: 1789-1.832. I", Crítica, Barcelona, 1.977, pág. 13.

dos, la percepción de la guerra civil y la conciencia de perdedores que dejó en cada uno de los participantes, condicionó su actitud futura durante el franquismo. Y aquí había pocas alternativas: o la renuncia explícita a las ideas anteriores; o la desmoralización que suponía asegurar la simple supervivencia sin meterse en ningún lío por temor a la represión[3] y que adoptaba diferentes formas; o mantener el rescoldo de la rebelión y de la oposición moral y material a la dictadura. Macario Barjas optó, sin descanso, por esta última.

El esquema que desarrolla David Ruiz para referirse a la primera mitad del franquismo es aplicable a la vida de Macario Barjas, con los lógicos cambios. Sobrevivir en la postguerra: el paso por los campos de concentración y la etapa del servicio militar; resistir y reclamar: retomar el contacto con las organizaciones clandestinas que se oponían al franquismo (PCE, la guerrilla urbana), aguantar las detenciones y la cárcel y empezar a reclamar en los primeros y más duros trabajos (obra del sindicato vertical del Paseo del Pra-

3 . Esta actitud de permanente temor para sí, y sobre todo para su familia, hijos/as, la tuvieron una parte de la generación que vivió la guerra civil desde el compromiso activo con la República, que incluso estuvieron en la cárcel porque no se exiliaron, pero que luego les faltó el valor y la perspectiva para seguir organizados clandestinamente en la oposición. Algo comprensible por la dureza de la represión franquista. Literariamente lo refleja muy bien Rafael Chirbes ("La larga marcha", Anagrama, 1.996) con la figura del médico republicano que todas las noches acecha tras los visillos para ver si viene la policía a detenerle y que, más adelante, sufrirá porque sus hijas universitarias militan contra el franquismo.

do); movilizar para reivindicar: el desarrollo de las huelgas y movilizaciones en las obras para poder reivindicar y conseguir mejoras salariales y de las condiciones de trabajo[4].

3. La dureza de las condiciones de trabajo y las luchas obreras: movilizarse para reivindicar

La forma de trabajar en la construcción tradicionalmente ha sido muy dura. A ello contribuían las características de un trabajo que se realiza mayoritariamente a la intemperie y, por lo tanto, expuesto a todos los avatares de la climatología e inclemencias del tiempo, que en áreas geográficas como Madrid, por la continentalidad del clima, comporta grandes calores en verano y fuertes fríos en invierno. Pero lo que dotaba de especial penosidad al trabajo eran las condiciones laborales en las que se realizaba: destajos, jornadas extenuantes y poca maquinaria. Se recurría masivamente a la fuerza física gracias a los bajos salarios y por la visión estrecha de las patronales que apenas invertían en modernización. El hecho de que la estructura empresarial fuera de pequeño tamaño dificultaba una organización del trabajo más racional y científica. Los salarios eran bajos, se trabajaba a destajo, las jornadas laborales iban muchas veces de sol a sol y los acci-

4 RUIZ, David, "Historia de Comisiones Obreras (1.958-1.988), Siglo XXI, Madrid, 1.993, pág. 58 y ss.

dentes abundaban. Además, el trabajo en la construcción era socialmente poco considerado.

Se producía cierta concentración espacial en la ciudad de los obreros de la construcción en los barrios suburbanos, únicas zonas en las que podía asentarse el inmigrante pobre. En este sentido, el hecho de que Macario Barjas haya sido vecino de Vallecas no sólo no es una casualidad, sino que le convierte en un arquetipo de muchas decenas de miles de obreros del sector. Veamos los datos. Vallecas cuadruplicó su población entre 1.950 y 1.960, pasando de 56.530 habitantes a 222.602 en ese período. Era el barrio de mayor crecimiento de la ciudad. La secuencia era: inmigrantes rurales que vienen a Vallecas con un bajo nivel de recursos, construcción de una "casa-chabola" en suelo rústico bajo la tolerancia de las autoridades que necesitaban mano de obra barata, iniciaban la carrera profesional en la construcción como peones o aprendices desempeñando tareas descualificadas, posteriormente se harían peones especializados, profesionales de oficio en la construcción y oficiales en la industria[5].

Esa dureza de las condiciones de trabajo y los bajos salarios es lo que, unido a la existencia de una vanguardia con conciencia de clase y política, dio lugar a una especial combatividad de los trabajadores del sector de la construcción. Esta capacidad de lucha se manifiesta, primero, como pura resistencia obrera y mi-

5 MINGO, J. Antonio de y LORITE, Ana M., "Los trabajadores de la construcción en el Madrid del siglo XX". (ed. David Ruiz y José Babiano), Akal, Madrid, 1.994, pp 91-93.

cro-conflictividad; después, a través de huelgas abiertas, en ocasiones generales a nivel provincial y, a veces, con especial virulencia.

Los conflictos más primarios eran los derivados de la pugna por la mejora salarial o el precio de los destajos y los protagonizaban directamente cuadrillas de trabajadores de determinados oficios o especializaciones. Así, no era raro que los encofradores, los albañiles, los soladores, los ferrallas, etc., se pusieran de acuerdo para romper el ritmo de construcción de toda la obra -afectando a otros colectivos, porque las diferentes especialidades forman una cadena- con un ritmo lento, una negativa a echar horas extras o el hecho de ponerse a trabajar a jornal, renunciando al destajo. Estas formas de acción eran características de los trabajadores más cualificados y de los colectivos estratégicos, ya que tenían por sí mismos más capacidad de presión y de negociación. Son también estos trabajadores más cualificados los que formarán el embrión de las nuevas formas sindicales: comisiones obreras, delegados de obra, enlaces sindicales y jurados de empresa. Era una forma de lucha tremendamente eficaz y menos vulnerable desde el punto de vista de la represión policial e incluso del despido.

También se podrían incluir aquí las reclamaciones, individuales y colectivas, ante la jurisdicción social, como parte de una estrategia de movilización sindical en colaboración de los despachos de abogados labora-

listas[6]. Los despachos de abogados laboristas se habían puesto en marcha en 1.966, con el apoyo del PCE, y desempeñaron un importante apoyo material en el desarrollo del sindicalismo de las comisiones obreras. A partir de los años sesenta las reclamaciones van a dispararse. Es significativo comprobar que en el período de 1.964-68 se producen 20.000 actos de conciliación, de los cuales pasan a Magistratura más de la cuarta parte. Pero hay que decir que, aunque la normativa legal obligaba a llevar estos casos al Vertical, a la hora de plantearlos en Magistratura los trabajadores acudían a los abogados laboristas. Arcadio González alaba el papel de los abogados laboristas pioneros y cita a María Luisa Suárez, Julián Hernández, Antonio Rato, Manolo López, José Luis Núñez, Cristina Almeida, Manola Carmena y otros muchos que es preciso no olvidar a la hora de escribir la historia del movimiento obrero de todos aquellos años[7].

Esta micro-conflictividad, que no es privativa de una etapa determinada, porque se produce siempre, se combina con las huelgas y otras formas de lucha co-

6 MINGO, J.A. y LORITE, A.M. Op.cit. los autores han realizado un vaciado en el Fondo María Luisa Suárez (despacho de abogados laborista de la calle de la Cruz) de todos los expedientes jurídicos relativos al sector de la construcción en Madrid, resultando 431 unidades documentales que arrojan un total de 534 demandas/reclamaciones comprendidas entre los años 1.970-78 inclusive. De la documentación se deduce que las reclamaciones económicas fueron las imperantes (51%), seguidas por el despido (33%), la seguridad e higiene (6%) y por otras (8%).

7 GONZÁLEZ, Arcadio, "La construcción", Ayuso, Madrid, 1.977. pág. 29.

mo las manifestaciones y las recogidas de firmas. Las huelgas son un instrumento utilizado aún en los años más duros. No hay que olvidar que desde el Decreto de 13 de septiembre de 1.936 de Proscripción de Partidos políticos y Agrupaciones Políticas o Sociales, se declaraba fuera de la ley a las organizaciones políticas y sindicales y se consideraba a la huelga como delito de sedición, algo que duró durante buena parte del franquismo[8].

El movimiento huelguístico no desapareció totalmente ni siquiera en los años más duros del franquismo. Incluso en los años más negros del franquismo (huelgas puramente políticas en 1.945 en Barcelona coincidiendo con la rendición de los nazis, o en el País Vasco en 1.947). Arcadio González habla de que en marzo de 1.957, por los paros que se produjeron en una serie de obras, al calor de la jornada de boicot a los transportes y espectáculos en Madrid y Barcelona, fueron detenidos algunos obreros de la construcción y condenados posteriormente a duras condenas de cárcel[9]. Las huelgas empezaron a afectar a todo tipo de obras, aunque las huelgas de las grandes obras tenían un valor emblemático (por ejemplo, las citadas por Barjas del Zoo de la Casa de Campo, el campo de fútbol del Rayo, Canillas, Moratalaz, Bº del Pilar, etc.) porque circulaban las noticias como la pólvora -a ello

8 DE LA VILLA, Luis Enrique, "Materiales para el estudio del sindicato" Ministerio de Trabajo y de la Seguridad Social, Madrid, 1.984, pp 168 y ss.

9 GONZÁLEZ, Arcadio, Op.cit., pp. 21-22.

contribuían los boletines y panfletos informativos, las reuniones organizadas en los barrios y hasta las tertulias de barra de bar- y si sus resultados eran exitosos cebaban nuevos conflictos en otras empresas. A partir del nuevo marco que crean las leyes de Convenios Colectivos de 1.958 y la de 1.973[10], aumentan el nivel de huelgas al calor de las posibilidades legales que se empiezan a abrir. La conflictividad sectorial alcanzó un nivel de generalización y grandes cotas de participación a nivel provincial, llegando a afectar a final del franquismo hasta a un centenar de miles de trabajadores en Madrid (huelgas provinciales de 1.975-76) y planteándose por primera vez una huelga de la construcción en todo el estado, al comienzo de la transición (abril de 1.976)[11].

10 DE LA VILLA, Luis Enrique, Op. cit. pp 228-241.

11 GONZÁLEZ, Arcadio, Op. cit., pp 58- 64.

4. La naturalidad y la eficacia de la organización y de la movilización sindical

La puesta en pie de un nuevo sindicalismo no se puede entender sin tener en cuenta la naturaleza y papel del sindicato vertical. Como queda dicho anteriormente, el triunfo del fascismo en España hizo desaparecer por decreto los sindicatos, los partidos obreros y las demás fuerzas democráticas. En su lugar se impuso a los trabajadores la Organización Sindical Española, donde sólo tenían acceso la línea de mando de la Falange, que es quien dirigirá el sindicato. Por si fuera poco, el Estado ejercerá el control de las relaciones entre patronos y obreros. La función del sindicato vertical era negar la lucha de clases, por estar encuadrados en él capitalistas y trabajadores, y mantener la disciplina de los trabajadores a través de los funcionarios sindicales, dejando las manos libres a las empresas para cometer toda clase de abusos en contra de una clase obrera indefensa: jornadas agotadoras, ritmos de trabajo inhumanos, etc. Se establecían por decreto u órdenes ministeriales las condiciones de trabajo. Los trabajadores no eran consultados ni poseían cauces para intervenir en tales decisiones[12].

Ese sindicalismo de conciliación de clases no podía triunfar entre los trabajadores españoles, más allá de la imposición coercitiva, al menos por dos razones: no daba solución a los problemas de las gentes trabajado-

12 GONZÁLEZ, Arcadio, Op.cit, pág.20.

ras y porque chocaba con una conciencia de clase bastante arraigada. No en vano, en el verano de 1.939, cuando apenas habían transcurrido cuatro meses desde el final de la guerra civil, la dirección del partido único triunfante alertaba a los primeros gestores del nacionalsindicalismo sobre las peligrosas convicciones ideológicas de los trabajadores destinados a ser encuadrados en el Sindicato Vertical señalándoles cautelarmente que éstos, en su mayoría, eran marxistas o anarquistas[13].

Macario Barjas plantea muy acertadamente la esencia del tema: "comisiones obreras no las crea nadie, nacen por la propia necesidad de los trabajadores y de la patronal...". Así es, parece claro que las comisiones con un carácter espontáneo vinieron apareciendo desde los años cincuenta o incluso antes. Las geográficamente dispersas, incipientes, inestables y, en definitiva, episódicas comisiones de obreros surgidas en los cincuenta tenderían a extenderse, coordinarse y consolidarse en los años sesenta[14].

En el proceso de desarrollo hay que distinguir dos fases. La primera es la que se puede denominar espontánea, ya que las comisiones aparecen ante problemas y reivindicaciones concretas. Luego, después de las huelgas mineras de Asturias de 1.962, es cuando empiezan a tomar gran auge las CC.OO. y se entra en la segunda fase: en la que ya se es consciente de la nece-

13 Circular de la Secretaría General del Movimiento, nº 64, 23 de agosto de 1.939.

14 RUIZ, David, Op. cit. pág. 68.

sidad de coordinación, organización y permanencia. La primera fase termina en 1.964 con la elección en el Sindicato Provincial del Metal de la primera comisión obrera provincial elegida en asamblea. En el año 1.965 es elegida también la primera comisión provincial de la construcción, vidrio y cerámica en una asamblea celebrada en el Pozo del Tío Raimundo. Con el inicio de esta década se entra en un nuevo período que lleva implícito una mayor duración del nivel de organización del movimiento obrero, como resultado de las experiencias obtenidas en las luchas anteriores. Se empiezan ya a recoger los frutos del difícil camino recorrido en los años anteriores, con obtención de resultados altamente positivos, en especial en lo que se refiere a la construcción, que consigue mejorar sus salarios y ponerse al nivel de los sectores más combativos, como el metal y la minería[15].

El Ministerio de Gobernación toma conciencia rápidamente del peligro que suponían las CC.OO. no sólo para el orden sindical y político vigente y las define así: "Se designa con el nombre de Comisiones Obreras a unas organizaciones obreras opuestas al Sindicalismo Oficial que pretenden convertirse en un Sindicato Obrero de clase al margen de la legalidad (...) de actuar coordinadamente podrían llevar al país a una situación de caos y a metas revolucionarias del más alto nivel", si el gobierno no empeñaba los medios adecuados para impedirlo[16]. En este sentido, tras

15 GONZÁLEZ, Arcadio, Op. cit. Pág. 20.

16 16. Documento del Ministerio de Gobernación, de treinta folios

algún intento fallido de frenar los conflictos y también de integración de CC.OO. en el sistema (entrevistas de Solís y Romero Gorriá con Camacho a principios de 1.965), se opta por la represión: la sentencia del Tribunal Supremo del 16 de febrero de 1.967 declara ilegales a CC.OO., vinculándolas al PCE y desarrollándose un amplio acoso policial [y empresarial] contra los dirigentes y militantes de CC.OO. que durará, al menos, hasta la muerte de Franco[17].

Pero la eficacia del movimiento las hizo enraizarse con fuerza entre los trabajadores, sobre todo por su capacidad de dar cauce de expresión y salidas negociadas a las luchas obreras y mantener un contacto permanente con la gente[18]. Son muchas las huelgas

mecanografiados, circuló con el título "Comisiones Obreras" y precedió a otro del Ministerio de Trabajo ("Criterios ante una posible situación conflictiva"). Existe copia en el Archivo Histórico de Comisiones Obreras, de la Fundación 11 de Mayo.

17 SOTO, Álvaro, "Auge y caída de la organización sindical española", Espacio, Tiempo y Forma, Historia Contemporánea, UNED, 1.995, pág 271.

18 Se pueden citar dos ejemplos concretos. 1) la realización de una encuesta entre los trabajadores madrileños de la construcción de cara al convenio de 1.970 y recogida posterior de 30.000 firmas de apoyo al anteproyecto que se elaboró y presentó en una asamblea masiva (600 trabajadores) en los propios pasillos del sindicato vertical; 2) el boletín "Construcción" era, en opinión de Jesús Larrañaga, un motor que hacía que al día siguiente de su elaboración, varios piquetes se recorrieran todas las obras de Madrid haciendo asambleas en los vestuarios [antes de la entrada al trabajo, durante el bocadillo o la comida], explicando la situación, hablando con los compañeros... El momento álgido lo sitúa Larrañaga en 1.975, cifrando en 10.000 boletines los que se distribuyen con periodicidad quincenal. (Arcadio González, "La cons-

que se ganan y los convenios colectivos que suponen mejoras salariales y de las condiciones de trabajo. Macario, desde se experiencia más directa habla de ellas (el Sindicato Vertical del P1 del Prado, el Zoo de la Casa de Campo[19]) y de como elevaban la moral, la conciencia sindical, el prestigio de CC.OO. y la organización. Hay que tener en cuenta que eran años en los que se vivió un auténtico boom en la construcción de viviendas y en las obras públicas. Ello colocaba en una posición de fuerzas a los trabajadores que compensaba, en cierta medida, la carencia de libertad sindical y la represión. La fuerte expansión económica general permitió experiencias similares en el resto de la construcción del Estado (Andalucía, Barcelona, Valencia, etc.), así como en otras ramas de la producción: metal, artes gráficas, transporte, textil, etc.

La gran eficacia del modelo de acción sindical se basaba, en buena parte, en la combinación inteligente e imaginativa de los métodos abiertos y de los clandestinos. Es muy interesante el debate que refleja Macario Barjas sobre cómo afrontar las huelgas, si desde el

trucción" op. cit pp 103-4).

19 Otra huelga emblemática que cita Alfredo López Serrano es la del puente de Manuel Becerra, en la que trabajaban como encofradores Tranquilino Sánchez y José M^a Rojano. "Se produjo en 1.965 y servirá de modelo durante algún tiempo al incipiente movimiento de las CC.OO. de la construcción de Madrid" (sacado de una entrevista a José Luis Nieto por Alfredo López Serrano. "La actividad sindical en el franquismo (1.939-1975)", en "Los trabajadores de la construcción de Madrid del siglo XX", Akal, 1.994).

anonimato de los organizadores para evitar la represión, pero que dificultaba la salida negociada y directa a las reivindicaciones en las huelgas provinciales, dejando a las octavillas clandestinas la capitalización de las mejoras que se viera obligada a conceder la patronal a los burócratas sindicales; o desde la salida con nombres y apellidos del comité de huelga. Se acabaría imponiendo esta fórmula y tomarían carta de naturaleza las "comisiones asesoras" en el primer lustro de los setenta (72,73 75,76), en la etapa de apogeo del movimiento sindical en la rama. Este rechazo de la sumersión total de la organización evitó el aislamiento de CC.OO. de los trabajadores que hubiera supuesto la actividad exclusivamente clandestina.

Aunque parece bastante claro que Macario Barjas, entre sus muchos valores, no contaba con el de organizador, de su relato se deduce cómo se empieza a configurar este trabajo. La acción sindical abierta se organizaba en torno a las asambleas en los tajos, las de los lunes en el sindicato vertical de la construcción (Avda. José Antonio, 69), los delegados de obras, las reivindicaciones y plataformas, las comisiones asesoras para negociar, los despachos de abogados laboristas, etc. El trabajo clandestino se articulaba con las asambleas en las iglesias y en los barrios, el boletín "Construcción", los panfletos y hojas informativas, los piquetes de huelga, la "Delegada" (dirección de CC.OO. de la construcción). En fin, se trataba de moverse con las dos patas para no clandestinizar la actividad sindical, que por su propia naturaleza debía de

hacerse de cara al conjunto de los trabajadores para no perder pie con la realidad. Pero tampoco se trataba de ser vulnerable ante la represión policial. Es decir, había que actuar combinando el trabajo ilegal y el paralegal.

La fuerte audiencia alcanzada entre los trabajadores y la consiguiente capacidad de movilización hizo, en palabras de Macario, que la patronal "cogiera respeto a CC.OO". Eran ya los años sesenta. Es magnífica la historia de la entrevista con el ingeniero jefe de Entrecanales y las detenciones posteriores. Refleja bien a las claras la necesidad patronal de buscar interlocutores válidos para negociar, aminorar la conflictividad y defender así sus intereses. Recuerda las declaraciones de Pere Duran Farrell, claro representante de la burguesía catalana y entonces directivo de La Maquinista Terrestre y Marítima, cuando reconoce que se había visto obligado a entablar conversaciones con Comisiones Obreras, dejando de lado al Sindicato Oficial[20].

20 Revista DOBLÓN, 3-9 de julio de 1.976, citado por Álvaro SOTO en la obra citada, página 266

5. El papel del PCE en la reconstrucción del sindicalismo de clase

En el debate que se produjo entre las fuerzas de la proscrita izquierda sobre el tipo de trabajo sindical a desarrollar en las condiciones del fascismo, fueron los comunistas los que tuvieron más claro que había que "participar" en los sindicatos verticales para realizar un trabajo de masas y aunque sólo fuera para poner el "huevo de la serpiente" en ellos. Coincidían también con esta táctica las organizaciones obreras cristianas (HOAC, JOC) y algunos sectores socialistas vinculados a lo que luego fue la USO y el Partido Socialista del Interior. El PSOE y la UGT estuvieron en contra de ello hasta el final de la dictadura, lo que les hizo tener, en general, muy poca presencia y actividad sindical. La CNT estaba prácticamente desaparecida.

El PCE, por el banco de pruebas que significaba mantener una actividad en la realidad interior del país, fue abandonando tácticas de lucha que no permitían avanzar (la guerrilla, la Oposición Sindical Obrera) y centrándose en el "entrismo" en el vertical y en la potenciación de aquellas "comisiones obreras" que aparecían y desaparecían en función de conflictos puntuales. No tiene un especial interés saber cuándo arrancan exactamente las Comisiones Obreras. Lo que sí tienen interés es cuándo se decide dotar a dicha forma de organización de un carácter estable, combinando tanto la espontaneidad del movimiento con la necesidad de estructurarlo. En este sentido influyó decisivamente el

cambio en la estructura de la oposición y en las formas de protesta, así como la existencia de una organización estable, como el PCE, que permitió dotar a CC.OO. de la infraestructura necesaria ante la represión y los vaivenes de la conflictividad[21].

Macario valora positivamente, desde su temprano compromiso político, el poco discutible papel del PCE en la obstinación de mantener la resistencia frente al fascismo y en la reorganización del movimiento sindical. Se puede percibir la heterogeneidad de la organización de las células comunistas (albañiles y liberos...) como lugar de coordinación, dirección, debate e incluso de autocrítica. Valores positivos, propios de una organización al fin y a la postre voluntaria, en un contexto de alto riesgo. Más adelante se vislumbra una apertura, relativa, de cara al proselitismo de simpatizantes y de jóvenes militantes.

Tenía poco que ver esta cultura de las organizaciones de base y sobre todo del *interior* con las concepciones y especulaciones políticas de las altas direcciones de los partidos clandestinos asentados en el exterior. La recurrente figura de Romero Marín aparece cargada de resonancias épicas, de capital moral y de aportación y ayuda concreta en la dirección de la lucha. El trabajo político y sindical en el interior implicaba un activismo concreto, un contacto con la realidad que había que cambiar, la necesidad de un talante unitario y de respeto a la pluralidad para sumar, y no restar,

21 SOTO, Álvaro, Op.cit., pág. 269-270.

efectivos en la lucha contra el franquismo o por ganar conflictos laborales determinados. Se apunta así el esfuerzo realizado de cara al mantenimiento de relaciones con otros sectores como los grupos cristianos, los estudiantes, los intelectuales, profesionales y artistas, y todo foro en el que podían defenderse los intereses de los trabajadores y la libertad sindical y política. Sirva como ejemplo el famoso debate en "Cuadernos para el Diálogo".

Las peleas ideológicas entre el PCE y con otros grupos de vanguardia, dentro de CC.OO., aparece en la entrevista. Los motivos eran variados: desde la participación o no en las elecciones sindicales (la extrema izquierda, ORT y otros, defendía el boicot), los métodos de trabajo más o menos clandestinos, los objetivos de las luchas y la forma de dirigir las, etc. El telón de fondo de las duras discrepancias era ver quién se hacía con la hegemonía política dentro del nuevo movimiento sindical. Es innegable la existencia de una pugna por el control interno de CC.OO. en todos los sectores de producción, y el PCE maximizó sus posibilidades de influencia procurando no romper la unidad de acción[22]. Estas discusiones expresan una radicalización de los conflictos que se dejará sentir en los últimos años del franquismo. Las diferencias sobre

22 LOPÉZ SERRANO, Alfredo, "La actividad sindical en el franquismo (1.939-1975)", en "Los trabajadores de la construcción en el Madrid del siglo XXI" (ed. de David Ruiz y José Babiano), Akal, Madrid, 1.994.

temas estratégicos (CC.OO. como movimiento socio-político o como organización, el debate sobre el tipo de transición a la democracia, los pactos sociales, etc.) llegarán en la segunda mitad de los años setenta a provocar y a cristalizar varias escisiones en CC.OO.: el Sindicato Unitario, vinculado a la Organización Revolucionaria de Trabajadores y la Confederación Sindical Unitaria de Trabajadores, dirigida por el Partido de los Trabajadores, por citar las más importantes.

Hay un par de aspectos relevantes que aparecen interconexiónados en el testimonio de Macario Barjas: la dureza de la represión y el papel jugado por la vanguardia organizada y los trabajadores de la construcción a la hora de tomar el relevo de los metalúrgicos en el movimiento sindical madrileño. Ello confirma otros trabajos que apuntan en el mismo sentido. Véase si no los siguientes datos. Tras las fuertes luchas de 1.967, la inmensa mayoría de los dirigentes provinciales de CC.OO. de Madrid se hallaban presos, pendientes de juicio, despedidos o, simplemente, al margen de la escena: Camacho, Ariza, Luis Rojo, Trinidad García Vidales y un largo etcétera. La mayoría eran metalúrgicos. Durante los primeros meses de 1.968, la situación no hizo sino empeorar. En marzo la policía detuvo a 96 metalúrgicos en una asamblea provincial, de los que más de la mitad serían posteriormente procesados. Sería un duro golpe para cuya recuperación se necesitaron varios años. De hecho, tanto en 1.968 como el año siguiente, el declive organizativo corrió

parejo a un acusado descenso de la actividad huelguística (se registraron 14 y 9 conflictos respectivamente en esos años, según los correspondientes Informes del Ministerio de Trabajo). Los recursos quedaron mermados drásticamente, hasta tal punto que hubo de producirse un relevo general y, en gran medida, también generacional en la conducción de las Comisiones Obreras[23].

No es por tanto un problemas de "chovinismo" de Macario, sino que es a partir de 1.970 cuando la construcción explota tras los años más oscuros y pasa a jugar un papel muy destacado hasta el final del franquismo, al cubrir el vano que la represión había generado en el metal, artes gráficas y otras ramas. Después, a partir de 1.970, como era lógico la represión se cebaría en los militantes de la construcción, con cientos de detenidos, despedidos e incluso con muertos: tres obreros en Granada en el verano de 1.970 [24], Pedro Patiño, en Getafe en 1.971 y otro trabajador en las obras de la térmica de San Adriá del Besós en 1.973. Es impresionante el desprecio del ministro de Trabajo franquista hacia la comisión que fue a verle a San Sebastián con todo el sector parado en Madrid. No sólo no movió un dedo para facilitar una solución a un conflicto que se había cobrado la vida de un tra-

23 BABIANO, J. y MINGO, J.A. de, "De la Comisión de Enlaces y Jurados del Metal a la Unión Sindical de Madrid", en "Historia de Comisiones Obreras (1.958-1.988)", Dirección de David Ruiz, Madrid, 1.993, pp. 204-5.

24 MORENO, Agustín, "Granada, 1.970: un viaje a la memoria", Madrid, Diario 16, 23/7/1.995.

bajador, sino que todo lo que le preocupaba era saber si los miembros de la comisión que le abordaron eran cargos sindicales.

6. La cultura de la solidaridad y el sentido de la lucha militante

En la percepción del protagonista queda una idea clara: había mucha más solidaridad, entonces que ahora. A lo largo del relato aparecen en diferentes momentos hechos y acciones que parecen confirmar esa tesis: las cuadrillas repartían las primas de producción o del destajo con los peones que les ayudaba; se peleaba también por aquellos colectivos más desfavorecidos, por ejemplo, los trabajadores que venían a Madrid desde los pueblos de Toledo y Ciudad Real, para que se les pagase el viaje; por cierto, para Macario Barjas, éstos trabajadores, de La Guardia, Villa de Don Fadrique, etc. eran gente estupenda y con mucha conciencia y correspondían llevando ¡hasta conejos y pollos! cuando estaba preso.

Otra forma de solidaridad o de ayuda mutua era la organización cuasi gremial por especialidades y el apoyo entre ellos para poder trabajar. Existían los lugares de encuentro como el Quinto Toro para los encofradores en la calle Jardines, los soladores en Cristino Martos, los ferrallas en la calle la Cruz, etc. En algunos conflictos graves como el de las obras del

Rayo hubo solidaridad con los despedidos y la empresa no encuentra carpinteros encofradores ni siquiera en el Quinto Toro y ha de readmitir a los despedidos[25]. Ante las listas negras se creaban cooperativas y cuadrillas que se contrataban de forma colectiva.

Había solidaridad "entre nosotros", dice Macario, se pedía dinero para los presos. En el Boletín de la Construcción siempre había dinero, se recogían fondos en las obras para los despedidos y se publicaban además las listas con las ayudas de los tajos y las zonas (Vallcas siempre destacaba en las colectas de recaudación de fondos). Cuando había huelga es cuando se tenía más dinero y la "hucha llena". Dice Macario: "¡Qué bien que nos llevábamos todos! Podíamos discutir, pero luego después todos juntitos. Yo con Arcadio he discutido mucho, pero nos ayudábamos". Había mucha discusión, autocrítica también, no había seguidismo de ese tonto y ciego, sino que cada cual tenía su cabeza y pensaba.

Mención aparte merece la relación entre los veteranos y los jóvenes. Se podría considerar como otra forma de expresar la solidaridad de ida y vuelta. La actitud teórica y práctica ante los nuevos y jóvenes militantes era impecable, así como la relación que se adivina (participación en los piquetes de huelga, cuando muere Pedro Patiño) entre obreros de la construcción y estudiantes. Quizá era una manera de devolver a los más nuevos la deuda de gratitud y el aprendizaje de

25 LÓPEZ SERRANO, Alfredo, Op. cit. pág. 166.

clase que con él hizo "El Baúles", aquel viejo militante ugetista.

Destaca en Macario el sentido de la lucha militante. No importaba la dureza y el riesgo, sino la conciencia de hacer lo debido y de utilidad colectiva. Grano que hace granero, como proyección personal. Se tenía conciencia clara de que había que jugársela, pero también de que merecía la pena, porque era una obligación como militante. Desde pequeño se la jugaba uno, el riesgo era grande, se tenía a la policía siempre en los talones, la cárcel formaba parte de lo cotidiano y todos tenían algún ladrillo en ella, pero la conciencia de clase, la determinación en la lucha prevalecían sobre el miedo, que no era poco. Como todos los militantes de casta, como Camacho cuando "confiesa que ha luchado", como todo testimonio. Una proclama final de Macario Barjas: "Yo si volviera a nacer, otra vez lo haría". No podría hacer otra cosa desde la consciencia y la lucidez.

Podríamos concluir que este testimonio implica la memoria colectiva de toda una vanguardia social y política. Para aquella clase obrera de los años cincuenta "encorvada psíquicamente", en afortunada expresión de Camacho, el voluntarismo de una conciencia externa de la minoría activista del PCE sería fundamental para aglutinar nuevas generaciones de militantes obreros, después del arrasamiento de las vanguardias que había representado la Guerra Civil y la larga postguerra. En aquellas adversas condiciones, Macario Barjas ha sido uno de los protagonistas de esa len-

ta recomposición del movimiento sindical de clase en España. En unos tiempos ominosos cuando no bastaba la razón histórica, sino que hacía falta además grandeza moral y, sobre todo, mucho coraje.

ENTREVISTA

A MACARIO BARJAS LÓPEZ [26]

Me llamo Macario Barjas López, nací el 4 de agosto de 1.916 en Veredas, cerca de Almodovar de Campo, Puertollano. Éramos cinco hermanos, cuatro hembras y un varón, que era yo. Mi padre era minero, murió muy joven mi padre, pobrecillo, murió estrangulado de las minas. Trabajó en todas las minas, de plata, de plomo y de carbón de Puertollano. Mi madre trabajaba limpiando, los abuelos no los he conocido, la madre de mi madre si la he conocido. Los demás, todos eran mineros.

Mi padre era gallego y hay un puente que tiene el nombre de Barjas. Mi padre se fue de su pueblo con

26 Transcripción de la entrevista realizada a Macario Barjas López, por Agustín Moreno, en el domicilio de Vallecas del entrevistado, el 5 de agosto de 1.997. La entrevista fue grabada en cintas magnetofónicas, con una duración de 3 horas y media. El texto que se reproduce no es completo por su gran duración: se excluye o resumen algunas de las partes de la entrevista. Para mantener la frescura del discurso, respeta las expresiones orales, aunque a veces se suavizan y se han realizado algunas correcciones - las mínimas- para reforzar la coherencia de la estructura, seguir cierta cronología y sistematicidad y evitar repeticiones. Las preguntas realizadas también se han suprimido. Ha funcionado bastante bien el método de Ronald Fraser de dejar hablar al entrevistado sin acosarle con un cuestionario muy rígido. Macario Barjas llegó a secretario general del sindicato de la construcción de Madrid a finales de los años setenta.

18 años o 19 cuando se marchó de Valdepereiros, Orense. Cómo me hablaría mi padre de su pueblo, que yo fui allí a los treinta años y di con la casa de mi padre. Era amante de su tierra, añoraba lo verde de su tierra en esa mancha tan seca. Además entendía de ganado, de verduras, de hortalizas y de huertas, una cosa mala, mi padre era un sabio en eso y resulta que desde que se marchó de su pueblo no volvió más allí.

La historia se las trae. Mi padre era muy noviero, le gustaban mucho las mujeres, por lo visto. Era lo normal, un tío joven, duro y fuerte. Pues nada, que se echó una novia que le quería a mi padre, pero la familia de la novia no le querían a él, pero no lo querían porque fuera golfo, nada de eso. No le querían porque no tenía las perras que tenían ellos. Su padre tenía un bar y tenían una pequeña hacienda, muy pequeña, pero la trabajaban todos, la trabajaba su hermano que era mayor que mi padre, mi padre, la hermana, la madre, la otra hermana, todos trabajaban en la tierra. Entonces se echó la novia esa y como se querían mi padre saltaba la tapia de su corral de la novia y ahí se veían los dos. Y un día que no acude a su casa, una noche y un día entero sin acudir, y la hermana iba ese día al campo a trabajar, la pobre, y vio las cintas del sombrero que llevaba mi padre y le encontró en una cuneta del campo tirado. Le habían dado un golpe en la cabeza y le habían dejado como muerto y allí estaba, era él. No se sabía quién le pegó, aunque mi padre si lo sabía y no quiso decírselo a nadie, ni a su hermano ni a nadie. Pero un día viniendo la hermana del campo

de trabajar se encontró la muchacha con el individuo que le había pegado a mi padre y se metió con ella, la tonteó y ella le sacudió un puñetazo, entonces él la dijo ten cuidado que te pasa a ti como a tu hermano.

Para que le dijo más. La hermana vino y estando cenando con su hermano mayor y con todos los demás pues lo dijo: "ya sé quién le pegó, ha sido Fulano, me ha dicho esto, etc.". Mi padre dijo que no era así, que se callara, mi padre por evitar las cosas porque conocía a su hermano que era mayor.

Bueno, pues estaban un día en la taberna del pueblo, de la aldea aquella y estaban acostumbrados a que llegabas tu y cogías una jarra de vino y les dabas a todos vino. Y estaba allí el paisano que le había pegado a mi padre porque la quería a ella, aunque ella no le quería a él. Llegó y el hermano mayor de mi padre le dijo: "toma una copita" y le dio la jarra -la taza, que es como lo llaman-. Luego le dijo toma otra y le dio otra, entonces, el hermano de mi padre, sacó la navaja y le dio un puñalada que le mató allí mismo. Mi tío lo mató y mi padre y un primo que había allí rompieron la luz para que no se viera. Vino el juicio y mi padre se quiso presentar como que él había sido el causante, el que le había pegado, el que le había matado, pero la justicia dijo que no, que había sido otro y metieron preso a su hermano y estuvo unos cuantos años preso. Pero la influencia de mi abuelo, que no tenía mucho dinero pero sí era influyente, tenía conocidos militares, (el jefe del campo de concentración de España era primo de mi padre), y le sacaron, estuvo 3 o 4 años y

salió, con unas pupas en la cabeza, de la prisión. Llamaron al médico y el médico se cargó a mi tío, lo compró la familia del muerto y se lo cargaron, sí, lo mató, le dio un medicina, un unguento y se lo cargó en veinticuatro horas. Qué hizo mi padre: se fue a por el médico y dejó al médico en un carrillo de ruedas, prendió fuego a la casa del médico y a la casa donde vivía la novia de mi padre e hizo un desbarajuste de espanto. Entonces se marchó él, no le prendieron, se escapó. Estuvo en las Filipinas y luego se dedicó al contrabando en Portugal, a eso se dedicó, buscándose la vida. Tú fíjate como le destrozaron la familia.

Mi padre no tenía ideas políticas, como ideas políticas, facha no era, era muy humano, muy trabajador y muy compañero de los compañeros, pero ideas políticas, como socialista o comunista, no. Mi madre sí tenía ideas políticas, las de su hijo. Llevaba el *Mundo Obrero* en el pecho y la decían "Señá Blasa, cómo es usted de esas ideas" y ella decía: "yo como mi hijo, si mi hijo es comunista, yo también". Las ideas las tuvo a través mío. Mi madre me ha ayudado mucho, mi madre lo sabía todo. Yo tenía en casa una hucha y tenía un hueco en el fogón hecho para tener mis cosas y mi madre sabía cuál era el azulejo que lo tapaba y estaba siempre vigilante.

Fui a la escuela en Puertollano, a la que llamaban la escuela vieja, el maestro era socialista, pero estuve muy poco tiempo, de los seis años hasta los siete u ocho, muy poco. La casa era baja, con una cocina, una habitación y otra habitación más. Allí en el pueblo no

teníamos más animales que un burro, las gallinas las hemos tenido en Madrid. Se comía patatas con bacalao, judías. Mi padre comía mucho y le gustaba comer bien, se comían guisos de cuchara, mi padre hacía mantanza algunas veces. Se comía bien, yo he comido peor en Madrid. Las relaciones con mis padres eran buenas, mi padre era mi amigo, mi camarada; y con mi madre también eran buenas que no me la toquen a mi madre, era la mujer más guapa y más santa del mundo. Mi padre no me castigó nunca, bueno una sola vez me pegó, porque no podía consentir que le mintieran. Era muy recto, le decías una mentira y para qué querías más; me pilló en una y me tiró una guantá de aquellas y de aquel hombre que tenía unas manazas que no veas. Mi abuela y mi madre se quisieron meter y a mi abuela la dio un empujón a mi abuela que casi la rompe un brazo y a mi madre la dijo tú no te metas que te va a pasar igual, que tú tienes la culpa. Había bastante alegría, se celebraban las cosas y las fiestas. En Nochebuena se ponía a cantar y a hacer ruido con un bastón que tenía y que raspaba en la puerta.

No eran muy religiosos, mi madre más, mi madre creía en Dios, no en los curas. Mi padre no creía nada. Mi padre para eso era terrible, no podía ver una injusticia. Los animales los trataba muy bien. Yo me lleve una perrilla más maja más bonita y cuando llegue a casa con la perra, la dio de comer mi padre.

Yo volvía a mi padre loco, le preguntaba: "papa, vamos a ver, tu madre se llamaba tal ¿y la madre de tu madre? ¿y la madre de la otra madre?..."; y mi padre

me decía: "mira, hijo mío, vamos a dejarlo para mañana, que ya estoy cansado". Yo era muy preguntón, me ha gustado mucho saber las cosas. Mi padre bebía como un cosaco, se ponía a comer y no veas como comía, pero nunca le vi en la tasca nunca y nunca borracho. Venía gente a casa, vecinos y compañero de trabajo. Yo iba con él los domingos a la plaza del pueblo a Puertollano y allí se reunía con los mineros y hablaban de sus negocios, yo me reunía allí con ellos.

Un día llegó uno medio andando, medio encorvado, destrozaíto el pobre, que fue amigo de mi padre en la mina y un barreno lo fastidió, estaba también medio ciego el pobrecillo. Lo cogió mi padre en la plaza y se lo llevo mi casa y le dijo a mi madre: "mírale a éste, a éste le pasa esto y esto y vendrá a casa siempre que quiera, lávale la ropa, darle de comer y cuidarlo, es un compañero, se lo merece todo". Mi padre era muy humano y estuvo allí el hombre tres o cuatro días y mi madre le lavó la ropa. Mi padre tuvo un accidente, me acuerdo de aquello, le dio el grisú que le llaman, estuvo en el hospital pero nada, no pasó nada más. No se vivía tirando el dinero, pero comíamos bien, nunca faltaba a la cuchara.

Todo el afán de mi padre era que yo aprendiera un oficio. A mí me dijo mi padre en el hospital general donde murió, aquí en Madrid donde está ahora el museo reina Sofía, arriba en el último piso murió mi padre, fuimos a verle mi madre y yo, y mi padre me agarró de la mano, estaba ya muerto casi, y me dijo estas palabras: "Hijo mío, minero nunca, antes roba y ma-

ta", eso me dijo mi padre: "Minero nunca, antes roba y mata". Mi padre murió muy duramente, el pobrecillo, murió sin pulmones, porque aquellas eran minas, mi padre trabajó en el interior a gatas. Las minas no eran como las de ahora que parecen el Metro, iban a pico y pala. Mi padre murió por la mina, extenuado, con la silicosis. Entonces no tenía jubilación ni tenía nada ¿sabes que le dieron a mi padre cuando se fue de la mina?: salió del pozo y le dejaron trabajar arriba al aire libre, al descubierto, en la calle, como aquí le llaman y allí estuvo trabajando poco tiempo.

Tampoco podía, estaba todo el tiempo respirando mal y cuando escupía en la lumbre, aquella lumbre baja de carbón, y la saliva que echaba mi padre se quedaba como si fuera plata, brillaba y era el mineral que tenía dentro. También había minas de plata por allí en el Horcajo y también de plomo en la Petaca, y allí trabajó mi padre, por eso vivíamos en Veredas.

Me llevaron mis padres de meses a Puertollano. Y allí empecé a trabajar cuando tenía nueve años, me tuve que poner a trabajar con nueve años. Me metí de botones en el bar más rico del pueblo. Era bar, confitería y de todo, unos negociantes estupendos, donde paraba toda la gente rica del pueblo, donde había más prostitución. Y yo empecé a cavilar, allí empecé yo a soñar en algo, al ver que la vida que yo llevaba, la vida que mi pobre padre llevaba -mi padre que era muy honrado, muy trabajador y muy bueno- y viendo como aquella gente se gastaba el dinero allí, me decía ¿cómo es posible? Eso me dio a mí que pensar.

Había un señor allí que siempre que iba me mandaba a por tabaco y no le gustaban las monedas, las perras chicas ni las perras gordas a él. Entonces, yo, cuando iba al estanco le decía a la estanquera: "¡deme usted calderilla, deme usted calderilla!", porque toda la calderilla me la daba luego el tío de propina. Ya empecé yo a tener picardía de las cosas y a darme cuenta de la realidad. En aquel bar trabajé y no me daban ningún dinero, sólo la comida, la cena y el desayuno y las propinas que me daban los clientes. Mi madre iba a fregar los platos y los vasos allí y mi padre nos esperaba todas las noches a que volviéramos mi madre y yo del trabajo, sentado el hombre allí en la cocina, en la lumbre de carbón, y siempre me preguntaba mi padre: "¿qué has hecho hoy tripulante?", me llamaba mi padre tripulante. Una noche voy y le digo "he estado en casa de las Golondrinas, padre" y cuando le dije lo de las golondrinas -en Puertollano había por lo menos 14 cabarets porque la mina estaba en toda su influencia y había mucha gente y las Golondrinas era uno de los cabaret más grandes que había por allí- cuando le dije lo de las golondrinas, dijo mi padre: "¿cómo que has estado en las Golondrinas, a qué hora has estado allí?". Le dije: me ha mandado el señorito Don Jimeno -le llamaban así a uno que tenía lo menos 14 o 15 farmacias el tío, era riquísimo- y me ha mandado con una carta para una señorita y se la he ido a llevar. Le digo que fui a las once y que había entrado por la puerta falsa y que yo había vista allí debajo de las perras, a una mujer sentada encima de un hombre. Mira, cuando le dije eso a mi padre, pegó un puñetazo en la

mesa que casi la rompe. A mi aquello me dejó intriguado ¿qué será, qué importancia tiene eso?, ya empecé a cavilar yo por qué mi padre dijo: "mi hijo no va más, eso es un antro". Mi madre por la mañana, cuando nos fuimos los dos por el camino me dijo: "tu no le digas a tu padre esas cosas malas, tu cállate", mi madre debía de pensar "si me lo quita del trabajo a éste, que come allí y que alguna propina saca para su ropilla y sus cosas, pues fijate tu".

Y ahí empecé yo a trabajar. Pero un día le tiré un vaso a la cabeza a uno de los dueños, fíjate como estaría yo. Cogí un vaso y se lo tiré, si le cojo la cabeza se la parto, yo tenía 9 años. Ya empezaba mi rebeldía, yo veía mis necesidades, la de mi pobre padre y a mi madre y a mis hermanas, pasábamos calamidades y tirábamos adelante con dificultades, aunque ya entonces no éramos más que tres hijos, porque las hermanas más mayores -la Luisa y la Paca- estaban sirviendo, y quedábamos mi hermana Manola y mi hermanilla la pequeñaja que tenía 2 o 3 años y yo.

Y esa fue mi entrada en la vida laboral. Me marché del bar porque le tiré el vaso, pero antes de irme busque otro trabajo en una churrería. Y trabajé con un churrero que tenía dos hijas trabajando con él y me dediqué a hacer y a vender churros. Cuando fui a mi casa y se lo dije a mi padre, no me pego y dijo mi madre: "déjalo". Mi padre me preguntó: "¿por qué le has tirado el vaso, hijo?", "porque me ha llamado todo lo que ha querido: guarro, y me ha insultado y yo le he tirado el vaso porque es un canalla". Como mi padre

no les tragaba, no me reprendió mucho. Así que trabajé con un churrero, pero el churrero se fue a Algeciras y yo me quedé sin trabajo.

Entonces me fui a trabajar a casa de unos campesinos que vivían cerca de mi hermana, la casada. Eran buena gente que querían que me quedara con ellos, ojalá me hubiera quedado. En resumidas cuentas, todas las mañanas me levantaba a recoger la mies, porque era verano, para luego trillarla y yo estaba en el trillo; pero también iba con el mayoral de ellos al campo a recoger la mies, yo cogía los haces y luego venía él y ataba los cabos. Así estuve hasta que me vine a Madrid.

Tenía unos 10 años, eran los años veinte. Me trajeron mis padres aquí a Madrid, nos vinimos todos menos mis hermanas que ya estaban casadas. Ahí, al puente Vallecas, al lado del cine París nos vinimos. Pero tenía que trabajar en algo, pero yo no tenía los catorce años, así que teníamos que falsificar los papeles. Mi madre se las agenció con un médico que conocía ella y no sé con quién más lo arregló. Mi madre era una mujer analfabeta pero era muy inteligente y la quería todo el mundo, todo el mundo, ricos y pobres, nunca tuvo un enemigo, para nada porque era buenísima, se pasaba de buena. Y falsificó la partida de nacimiento para trabajar en un taller porque mi padre no quería que yo fuera minero, yo tampoco quería. Entonces me coloqué a trabajar en un taller de carpintería en la C/ Gobernador nº 1, aún existe, se dedicaba a la marquertería y a la ebanistería, a todo. Y de ahí me echaron

por la primera huelga que hice, fíjate en aquellos años. Yo era un chaval, nada más, que no tenía más que una obsesión: yo no quería ni a los curas ni a los guardas, no sé por qué, pero es que no podía verlos y me ponía nervioso, no les he querido nunca. En resumidas cuentas, que me puse a trabajar de aprendiz y allí estuve dos o tres años, y me echaron. Era el taller más importante de todo Madrid, de toda España, trabajaba mucho la moldura artística, toda la marquetería que hay en el Museo del Prado está hecha por ellos.

Yo estaba ya en la UGT. Me organicé en la UGT porque conocía a un hombre que era admirable, le llamaban "El Baulero", no hacía más que baúles y no podía trabajar en ningún taller porque era muy revolucionario, era de la época de Pablo Iglesias. Me iba con él a su taller a trabajar, me enseñó a cantar la Internacional, me enseñó las cuatro reglas y yo le ayudaba en su trabajo, a lijarse la madera, en fin a estar con él. Trabajaba por su cuenta porque no le dejaban trabajar en ningún lado, le vetaban y estaba en la UGT y me hice amigo de él, porque quería mucho a los chavales y a mí en particular, me quería como si fuera su hijo o más.

En resumidas cuentas, que en el taller donde trabajaba daban un jornal y ponían otro y no justificaban lo que ganaba a ningún trabajador y todos se callaban como cobardes. Fueron dos veces al comité paritario a ver las cosas y nos engañaban. Me dijo a mí un día el viejo este de la UGT: "¡ay si hubiera un tío con cojones!". Y le dije: "Yo lo voy a hacer"; "¿tú?"; digo: "sí,

cuándo vais a ir para estar allí y ya verás como yo de-claro todo". Y efectivamente, entraron ellos y me subí a un banco y di un mitin allí y dije: "que os engañan, que el señor Alberto gana tanto, el otro tanto, el otro tanto,..."; lo descubrí todo y entonces me echaron. Como los patronos estos eran jefes de toda la madera de Madrid, de toda la industria de la madera de Madrid, no me pude colocar en ningún lado y por eso acabé en la construcción.

Me fui a ella y allí estuve trabajando en la construcción toda mi vida. Empecé a trabajar como pinche y allí con los albañiles y con todo el mundo, para traer agua, para traer la comida, para ayudarles y cosas de esas. A los 4 o 5 años ya era ayudante de carpintero, a los 16 años. Estamos hablando de principios de los años 30 y luego me jubilé hace 8 años, y he trabajado en todas las empresas de la construcción: Dragados, Agromán, Saconia, en todos los sitios y en todos los edificios grandes de Madrid, casi en todos, el rascacielos de la plaza de España, en el Zoológico, donde está ahora Comisiones Obreras [sindicato vertical del Paseo del Prado], en el arranque y hasta el final y ahí hicimos una huelga de tres pares de narices.

Antes de la guerra, yo me organice en la UGT y en 1.933 en las Juventudes Comunistas, luego fueron las Juventudes Socialistas Unificadas, que también las he conocido bien y las he ayudado a organizar. A la guerra yo fui voluntario. Salí del Paseo de Cristina, con el capitán Benito que era capitán militar, de los antiguos y que había dejado de ser capitán por la ley Azaña. Y

ahí nos organizamos y fuimos al Alto de los Leones. Vinieron por allí, Dolores Ibárruri y Líster, que nos lo presentó Dolores, en una asamblea que hicimos en el cuartel antes de salir, y nos lo presentó como comisario político, que entonces no se conocían pero él venía haciendo como de político. Y vino Líster con nosotros, pero a Dolores no la dejamos que viniera con nosotros y la volvimos desde Villalba, porque quería venir a cortar el frente y la tuvimos que mandar a hacer puñetas y la mandamos para abajo. Y allí estuve, en el Alto de los Leones, en el verano del 36. A mí me tocó con un sargento viejo y me acuerdo que estaba detrás de un pino con el sargento a mí lado y las balas silbaban, pero fíjate lo que conocía yo las balas que sentía el ruido y le decía al sargento: "cuántos pájaros hay aquí" y me decía:

"no, hijo mío, no son pájaros, sino las balas que silban de caída". Recuerdo que el capitán Benito, como nos conocía bien porque él era del partido, llevaba un silbato -pobrecillo, le mataron allí- y decía: "hasta que yo no toque el silbato, que nadie se mueva", pero cuando vimos la bandera falangista encima del cerro, no le valió al capitán el silbato ni nada: salimos todos a por ella ¡madre mía! y tomamos el Alto de los Leones, corrían como gamos, pillamos las ametralladoras que tenían, y por cierto, ¿sabes a quién cogimos allí? pues al segundo de a bordo de Falange de España, ¿cómo se llamaba? porque le mataron allí ¡a ver si me acuerdo de su nombre!, hay una calle que lleva su nombre, uno de Valladolid, ¿Onésimo Redondo? lo

cogimos nosotros, las milicias del Puente Vallecas, no se lo digas a nadie, no vayan a fusilarme a mí. Murió con la mano estirada, y diciendo viva Falange y allí se le metió un cerrojazo de tiros que no veas. Estando allí en el Alto de los Leones, murió el capitán Benito, lo mataron y entonces se hizo cargo Líster de la unidad y allí empezó Líster su carrera militar en la guerra. Yo me tuve que venir a Vallecas. Nos mandaron llamar a los de la Juventudes porque habíamos dejado abandonada Vallecas y estaba todo desmantelado. Tuve que bajar a Vallecas y organizamos en los frailes de la Albufera dos batallones, los llamábamos del sargento Vázquez primero y segundo -que fue un sargento que en el 34 en Asturias se puso del lado de los mineros-. Allí estuve hasta que otra vez salí para el frente. Luego he corrido mucho, Madrid lo he corrido todo, el Jarama, Teruel, el Ebro,... Yo he conocido a Tito, lo vi y le di la mano en el Jarama. He corrido todos los frentes, porque soy una persona inquieta y cuando he visto necesidad o donde me han dicho, allí he ido yo, y he estado en todos los sitios. He estado en Teruel y en Mora de Teruel, durmiendo en el Banco de Teruel cuando lo cogieron, yo entré después de que los nuestros lo habían tomado todo. Y cada vez que recuerdo que tenía de cabecera un saco de billetes, fíjate tú, en el Banco de las perras. Luego pasé al Ebro, a mí me hicieron prisionero en el Ebro, seis u ocho meses antes de acabar la guerra, ¡qué vida aquella, madre mía! Me cogieron, por ser tonto y no medir el riesgo, me podía haber marchado de España, a mí me llamó el partido para salir de escolta de España y

no fui, me quedé en la brigada.

Me cogieron una noche prisionero, que no se me olvidará en mi vida. El día antes les hicimos una matanza de espanto, se metieron ellos entre las líneas nuestras sin darse cuenta y les achicharramos, no cargamos allí lo menos dos compañías a tiros, lo menos 200 tíos, mulos y todo, según venían porque se creían que aquello era suyo todavía. Después nos cogieron prisioneros y no veas la que se armó. Nos cogieron a 22 y de los 22 salimos libres tres, al resto los mataron a todos. Recuerdo que nos pusieron así, junto a una masía para fusilarnos, pusieron un fusil ametrallador allí apuntándonos y empezó la gente a chillar, -yo no sé si chillé o no chillé, yo estaba de los últimos- el teniente de requetés que estaba allí al lado me cogió a mí y a dos más y nos sacó fuera, y dijo ¡fuego! y *ras-ras* se los cargaron a todos. Mataron a 19 o 20 estábamos en el Ebro, en Mora de Ebro, al lado de la Fatarella que le dicen, que llaman al pueblo, ahí fue.

Seis meses antes de acabar la guerra me cogieron prisionero y de ahí fui a un campo de concentración a Miranda de Ebro. Luego me llevaron a Orduña a un seminario que había, y allí estuve hasta que me llevaron a un batallón de trabajadores a Extremadura. Me pasó un caso curioso. Cuando decían formar, nos clasificaron a los prisioneros y alguno se chivó y me clasificaron como sargento, bueno como teniente, entonces nos dejaron a todos los mandos políticos y militares, nos aislaron de los demás, la tropa estaba en una nave y nosotros en otra y salíamos al patio separados.

Había allí un puente grande y salía un altavoz que nombraba a los que llamaban para que se presentasen en el puente. Les llamaban y ya no se volvía a saber más de ellos. Un día estaba yo en el patio cuando escuché mi nombre y apellidos, empecé a coger a la gente que me conocía o los conocía yo de Madrid y a alguno y les decía: "si vas por casa y ves a mi madre, trata de decirle donde me has visto y dile algo de mí", porque yo sabía que no volvía. Cuando llegué allí y entro en la oficina me encuentro a un comandante, dos capitanes y otro tío vestido allí de paisano. Al ver aquello me quedé asombrado y dice el capitán: "¿no me conoces?" y vino hacia mí, me dio en el hombro y me tendió la mano; yo le di la mano; y me dice: "yo soy hijo de Fulano de Tal" Y entonces caí. Yo conocí en Almatrén, en Cataluña, a una familia que eran campesinos, el padre, la mujer el hijo y la hija que eran muy ricos en el pueblo aquel, tenía una buena hacienda. Yo les conocía a esa gente, porque como tenía el trabajo político del partido dentro del ejército, yo tenía mi ayudante y andaba por donde me daba la gana. Yo tenía mi categoría de sargento, pero yo no actuaba más que en la cosa política, en la organización. Y estábamos en el frente y nos iban a relevar y le dije ¿dónde vamos? A Almatrén, búscate una casa para ti y para mí porque me interesaba tener mi archivo y mis cosas, y se buscó esa casa. Esa gente era muy buena, un matrimonio ya de viejetes, la hija joven, el chaval también y pasaba cualquier miliciano por allí y pedía vino y se lo daban, y daban todo lo que pedía la gente que iba por allí. Aunque llegó un

día y deje el *Mundo Obrero* encima de la mesa y estaba mirando por el espejo que había allí, y veo a la hija que viene y que coge el periódico y lo tira con rabia y digo “joder, vaya un cuadro”; tiró el periódico con una leche y me dije esto no va, no compartían las ideas. Un día me encuentro al viejo que casi lloraba y le digo qué le pasa a usted, Rodolfo, se llamaba: "qué me va a pasar, que no puedo traer la cosecha que tengo en el campo tirada, un montón de kilos de avellana y aceitunas y otras cosas y no puedo traerla porque no me han dejado una bestia" y entonces me explica que habían venido y le requisado las cuatro mulas que tenía y le habían dejado sólo con la borrica y que con la borrica no podía valerse; que había sido hacía unos días, antes de venir nosotros y me enseñó el vale que le habían dado. Le pregunté que cuántas mulas precisaría para coger la cosecha y me dijo que con dos y si es con un macho que tengo muy joven con él solo. Así que le dije que ya veríamos y se quedó el campesino como diciendo que hará este tío. Me fui y hablé con la brigada y le dije que no había derecho a que se le dejase al hombre sin nada, que había que dejarle algo para que se ganase el hombre su vida y para que hiciera la recolección, porque tenía todo por ahí tirado. Y efectivamente, al otro día le dije: "usted no puede venir, porque ya es viejete, pero este si puede venir porque es joven" le dije al chaval y le dije: "si tú conoces las mulas pues mañana te vienes a por ellas". Claro que las conocía, así que al día siguiente se vino conmigo a por ellas. Cuando traje la mula el hombre casi me abrazaba, me besaba, se arrodillaba junto a mí, yo

que sé. No hacía más que preguntarme: "Y cómo se ha apañado usted" y yo le decía que no se preocupara.

Y aquel capitán de Extremadura era hijo de él. Cuando yo caí prisionero, como tenía en aquella casa el reloj y las cosas de mi cuñado cuando lo mataron, les escribí una carta y les dije que estaba en el campo de concentración de Orduña y que si no podían mandarme aquello, lo del reloj era lo más difícil, que hicieran el favor de guardarme aquello por si llegaba yo alguna vez. Así que vino el hermano a verme. Y ese fue el que me salvó a mí del campo de concentración. Porque me dijo: "Miré usted, lo que ha hecho con mi familia no lo he hecho yo, usted les ha socorrido, a usted le quieren mucho y particularmente mi hermana, lo que tenga usted con ella no lo sé ni lo quiero saber ni me importa"; "yo no tengo nada" -le contesté- Y dice: "pídame usted lo que quiera, si usted se quiere venir conmigo, ahora mismo se viene, pero con una condición, mi hermana me ha dicho que usted no miente, que es muy claro y muy realista, así que si se quiere usted venir conmigo se viene ahora mismo, pero con una condición tienen usted que respetar el orden"; le contesté: "¿quiere usted la sinceridad? como me saque de aquí y tenga una oportunidad me escapo y me voy con los míos, porque los míos no son ustedes"; respondió: "Si señor, así me gusta a mí, ahora pídame usted otra cosa"; le dije "salir de aquí lo antes posible". Pues a los 15 días me llevaron a un batallón de trabajadores a Extremadura, a Castuera, donde estuve haciendo trincheras y quitando muertos,

había muchos por allí, poniendo alambradas, en fin, de todo. Luego de allí nos llevaron Algeciras, a otro batallón de trabajadores en la Almoraima de la Concepción, San Roque de ahí salí. Sería el año 43.

Salgo de allí y me vengo a Madrid, voy a mi casa y mi madre me dice que para qué voy, fíjate, una madre que te diga esto. Estaba la policía cada quince días en casa, ¿entonces que hago yo? Yo era de la quinta del 37 a ver si no tenía otros medios, cogí y me fui a M^a Cristina, a ver que hacía yo si no tenía otros medios. Hablé con el capitán, le conté toda la historia, lo del batallón de trabajadores, que era de la quinta del 37 y que venía a incorporarme a filas. Me dijo que muy bien, pero que yo debía incorporarme en Vallecas. Cuando me dijo lo de Vallecas, lo del Ayuntamiento y que luego me notificarían, me dije: “¡Madre mía! yo no puedo ir ahí, cómo voy a ir ahí”, y le dije: "mire usted, le voy a decir una cosa mi padre murió y mi madre se casó de segundas, me llevo muy mal con mi padrastro, no puedo vivir con él, como yo he nacido en Ciudad Real, hágame usted un papelito -porque entonces hacía falta un salvoconducto para viajar- y yo me incorporo en Ciudad Real porque tengo toda mi familia allí: mi hermana, mi otra hermana, mi primo, en fin mi familia en Puertollano, hágame usted el favor y yo me incorporo allí. Me lo hizo el tío y me fui a Puertollano, porque si me quedo Vallecas no veas la que hubiera armado porque me conocían en Vallecas hasta los perros y los gatos, todo Dios, me fui Puertollano y allí no me conocía apenas nadie; me incorporé

al ejército allí que era como hacer la mili porque era de la quinta del 37 y como no la había hecho con Franco pues luego la tuve que hacer con él, era de tres años. Pues resulta que allí había un corralón y te nombraban por una ventana: Fulano de Tal, mozo número tanto, y yo tenía el mozo nº 12: "Macario Barjas López" y había tres carteles: uno, Indiferente; otro, Desafecto y el otro, Adicto. Nada más nombrarme fui para el de Desafecto pero dijeron por el altavoz: ¡Indiferente! Todo el mundo acabó riéndose de la manobra que habían visto por el giro que tuve que hacer. Y me clasificaron Indiferente y me trajeron a Madrid a artillería antiaérea. Las pasé canutas, la guerra mundial la pasé en la mili, estuve en Tetuán. Ya en Madrid, todo el mundo me decía ¿cómo tú no sales de sábado a lunes?; yo pensaba "si salgo de aquí no vuelvo", pero llegó un día y me dije "me voy". Llegué a mi casa, mi madre pasaba más hambre que un talento con mi hermanilla pequeña. Así que me dije "yo me voy a dedicar al estraperlo, me voy por ahí y traigo judías, garbanzos, patatas, lo que sea para darle de comer a mi gente". A las tres semanas vuelvo otra vez con permiso cuando llega la policía a detenerme, se enteraron, sería un chivatazo. Estaba yo en la cama y entra la policía y dice mi madre: "es mi hijo ¿qué quieren ustedes? y abre mi madre la cortina y dice: "hijo que estos señores te buscan". Me vestí de militar, me puse el uniforme, me puse mis botas y al verme me dicen: "¿cómo usted de militar?, les contesté: "soy militar, cómo no voy a vestirme de militar", se quedaron todos extrañados. "Pues tiene usted que

acompañarnos", les dije: "miren, me van a perdonar ustedes, yo como militar no me puedo ir más que con la policía militar, si hacen ustedes el favor avísenla porque yo no me puedo ir con nadie más y no porque tenga nada contra ustedes, quédense aquí, llamen por teléfono y que vengan, pero pronto porque yo tengo que estar en el cuartel a las siete de la mañana". No llamaron a nadie y me hicieron asegurarles que iría al cuartel. Y así fue. Cuando llego al cuartel me fui a mi batería. Yo aprendí en la guerra algunas cosillas y me hice apuntador, sabía manejar el telémetro, en resumidas cuentas, que a las 11 de la mañana me llama el coronel porque quería hablar conmigo. Llego delante del coronel y me dice: "¿Usted que ha hecho?", le contesto "yo no he hecho nada, mi coronel, "cómo que no, ¿no ha estado la policía en casa de usted?, y qué pasa con eso de la policía pues yo tengo información suya", "mire, mi coronel, le voy a contar la verdad: yo estuve en la guerra con la República y tenía un cuñado, (yo le eche al muerto la culpa) yo tuve un cuñado que era muy buena persona, muy buena, muy buena pero muy rojo, era comunista, y ahora, como a mi cuñado le mataron todos los problemas me vienen a mí, pero yo no he hecho nada, de nada, pero la policía me quería llevar, y yo les dije que no, que me debía a la vida militar y que quien me tenía que llevar preso serían los militares, no ellos" y me dijo: "¡muy bien hecho!" -le di en el hueso porque era un militarote- ¡Muy bien hecho!, así hay que hacerlo, un militar nunca se puede ir con la policía ni con la guardia civil, antes la cabeza cortada, bueno, mira estas bajo mi po-

der ahora mismo, si quiero, te llevo preso pero no lo voy a hacer, pero ándame así de derecho, ¡no te tuerzas! porque como te tuerzas te doblo, te doblo".

Cuando salí de allí me llevaron a Ceuta porque se fue el coronel voluntario a la División Azul. Pidieron voluntarios a la División Azul en mi batería, y no salía ni Dios y salí yo, pegue un paso al frente y me dije "si salgo, me tienen que llevar por allí y me escurro por el camino y me voy por ahí y me voy a Rusia", pero no me valió de nada, me quitaron de la lista y me dijo el coronel que qué me había dicho él y le conteste: "mire usted, mi coronel, yo como no he hecho nada por España quería poner mi granito de arena por España" y me dijo: "no pongas tantos granitos de arena". Así que aproveché que se marchó él a la División Azul y yo me fui a Marruecos y allí terminé la mili que por cierto me pasó un caso curioso...

Cuando acabo la mili me vuelvo para Madrid y me detienen. Yo tenía contacto con el partido desde muy pronto. Incluso le robé y todo al ejército para la guerrilla. Tomé contacto con el PCE, en Vallecas siempre hubo un núcleo organizado, tú estabas fuera de España, donde estuvieras, venías a Madrid, ibas al Puente Vallecas y siempre tomabas contacto con el Partido, rápido y en los años que fueran. Estamos hablando del año 1.947-48, Romero Marín llevaba aquí un montón de años. Luego después me puse a trabajar y me detuvieron por la guerra, me metieron 30 días, mejor dicho, no me cogieron por lo de la guerra, salió lo de la guerra al cogirme, pero me detuvieron porque yo to-

mé contacto con la guerrilla, la de aquí del llano, con Romero Marín. Eran guerrillas urbanas, la guerrillas las había aquí en el interior, en la sierra, pero estas las hacían en el llano, aquí las hubo en Madrid y buenas que fueron. Organizamos la juventud comunista, aquí en Vallecas, yo y otros dos más que han muerto ya, el Lillo y Antonio el Tata, que era de aquí, del Puente Vallecas, Lillo era de Almería, con esos dos empezamos a organizar las juventudes e hicimos también un grupo de apoyo a la guerrilla, yo para entonces tenía casi 30 años, y me cogieron detenido, hubo una caída y me echaron mano y entonces salió todo, salió lo de la guerra y entonces me clavarón 20 años. Me llevaron a Gobernación, yo tenía contacto con unos guerrilleros que se llamaban El Vitines. Lo habrás oído nombrar, que fue sargento de guardia de asalto con la República, estaba al mando de la guerrilla, y con el venía Pantaleón, Dalmacio y otros cuantos guerrilleros y tome contacto con ellos, vamos el partido me dio el contacto con ellos y yo les llevaba las cosas, los documentos, las armas, las pistolas, guerrilla urbana de la que apenas se ha hablado, cosas cojonudas hicieron estos, no llegaron al año siquiera, vivían los 4 guerrilleros en la avenida de la Albufera, por donde pasa el autobús, no me acuerdo como se llama esa calle, donde está el dentista, ahí vivían estos de huéspedes ahí... en la calle... y el Vitines vivía aquí arriba en Entrevías, entonces les detuvieron. Ellos hicieron varias cosas: se cargaron en Cuatro Caminos a unos falangistas, entraron el local de Cuatro Caminos de los falangistas, pusieron el altavoz y se cargaron a los 4 o

5 falangistas que había, pusieron el altavoz para que hubiera voces y no se oyeran los tiros y pudieran salir tranquilamente.

También se cargaron en Huarte a un jefe de Huarte a un pagador general que era un fascista perdido, de Pamplona, un asesino, también se lo cargaron a ese. Metieron mano a un banco de Delicias, se llevaron hasta los documentos que había allá, se llevaron todas las perras, los guerrilleros estos, hicieron varias fechorías y yo los conocía y los veía. Me detienen y Conesa que era el policía jefe y que era más asesino que ninguno, sabía algo y no sabía nada, sabía que yo tenía contacto con ellos, me quería implicar y meter con ellos. Me dieron palizas todas las noches, con decirte que pesaba 70 kilos y que cuando salí de gobernación no pesaba ni 42, estuve 30 días, no veas como estaba yo, sería hacia el 47; me trajeron a Vitines para que dijera si era yo, ellos buscaban el enlace del partido, y yo era el enlace, y parece que estoy viendo a aquel hombre, de frente a mí todo ensangrentado, la camisa llena de sangre, que le salía por el pecho. Me mira así y me dice: "qué, otro infeliz más que me traéis, (a este infeliz, yo no le he visto en mi vida!", un gesto por mi parte hubiera echado a rodar todo. Fíjate como sería que estuve a punto de tirarme a él y abrazarlo, cómo me emocione, y no me pudieron meter como guerrilla. Conesa me daba dinero y dos pasaportes para mí y para mi madre, para irnos, cuando la guerrilla: "tú que quieres mucho a tu madre, llévatela e iros fuera de España". Quería que cantase. Me metieron 20 años.

Fui a Alcalá de Henares, de Alcalá de Henares fui a Ocaña y en Ocaña me juzgaron y me echaron 12 años y de los 12 años cumplí 6 en Burgos.

Sería el 54 cuando salí de Burgos y me casé con mi novia. Hicimos mi casa en Vallecas, allí arriba, mi mujer y yo y unos compañeros que vinieron a ayudarme, todo ilegal. Conocí a mi mujer después de la guerra. Estaba organizada con las mujeres que se dedicaban a llevar a los presos los paquetes, a cuidar a los hijos de las que se quedaban presas. Mi mujer estaba en esa organización en el Socorro Rojo, que allí me mandó el partido para tuviera las relaciones con ellas. Y allí la conocí a ella, la mejor, la más activa y la más guapa, Allí nos hicimos novios, pero un año nada más, no teníamos tiempo para vernos, estábamos siempre liados, cuando no era ella, era yo, no nos veíamos apenas. Cuando caí detenido a mi novia le salieron trabajo y colocaciones muy buenas. Pues fíjate con uno que tiene en Antón Martín más millones que pesa, la quería a mi mujer para casarse con ella y ella decía que su Maca y su Maca de su alma y no había quien la tocara. Era modista y profesora en corte. Mi mujer ha trabajado hasta en el hotel del Palace para hacer lo de la costura con la clientela y esas cosas, y en una de las mejores casas que hay de costura y que está en la plaza Santana. Era profesora en corte, cortaba y cosía como una cosa mala. Y muy inteligente, mi mujer tenía veinte veces más cultura que yo, dónde va a compararse, ni mucho menos. Era muy fina, si vieras lo que le hizo a una que era mujer del

que organizó a los mutilados de guerra, que ya murió, Durán se llamaba y le faltaba una pierna, la hija de Durán estuvo en la juventud mucho tiempo y un hijo de Durán está casado con una hija de Camacho, que trabaja en la Telefónica. Bueno, pues el padre de ése fue el que organizó a todos los mutilados de este país y fue el que ganó todas las cosas para los mutilados de la República. La mujer de él que aún vive, Victoria, estaba presa porque era del partido ella y toda la familia, en Ventas y tenía que darle un recado y unos documentos y no podía dárselo. Mi mujer le conocía y ¿sabes lo que hizo mi mujer? le dijo dame a mí los papeles que yo se los daré. Cogió cuatro barras de pan y se fue a Antón Martín a venderlo de estraperlo. La cogieron, la detuvieron, la llevaron a Gobernación y de ahí a Ventas. Hay que tener narices, se hizo detener para que la llevaran a la cárcel y allí pasarla los papeles. Para que veas tu mi mujer era muy buena, por eso la quería como la quería. Estuvo siete años esperándome, no me faltó el paquete nunca. ¿Sabes lo que decían allí en la cárcel los compañeros en la comuna?: "cómo no te cases con la Mariquilla te colgamos, eso vale un tesoro". Era divina y cuando yo la decía: "vamos a dejarlo, porque yo no sé dónde voy a llegar, yo no lo sé, a lo mejor estoy en la cárcel toda la vida", me decía: "cállate ya y no digas más eso, hago lo que me da la gana". Con mi madre era igual, me dijo "cómo no te cases con ella te mato y fíjate si te quiero mucho".

Mi madre me mandaba los primeros paquetes a la cár-

cel, el primero que me mandó iba en una caja de zapatos, era un paquete de nada. Cogí el paquete y lo entregué a la comuna. Cuando entregué el segundo paquete, me dije “¿pero cómo me rompen la barra de pan? voy a ver si caso los trozos” y no lo podía hacer; y era porque mi madre iba pidiendo para mandarme a mí los paquetes, trabajaba en la calle de las Delicias y las criadas la conocían todas y la apreciaban y la daban un trozo pan, un huevo cocido, alguna cosa y ese era el paquete que luego me mandaba. Cuando me enteré, lloré como un desgraciado, allí en la cárcel y cuando vino la dije: "Madre, no quiero más paquetes, no me mandes más un paquete, por lo que más quieras, no quiero que tu hagas esas cosas, ya está bien". Y mi novia, como se enteró, se fue también a por ella y le dijo: "no le lleve más paquetes a Maca de esta forma, le mando yo el paquete y si quiere usted lo pongo a su nombre".

Salí de la cárcel y me puse a trabajar. No pude trabajar en la construcción, salí mal, con algo de estómago y algo de pleura y entonces me coloqué a trabajar de camarero en un restaurante del casino de Madrid. Tenía unos amigos aquí en Vallecas, que me vieron como salí de la cárcel y me dieron un pantalón azul marino, unos zapatos negros para que me los pusiera y me llevaron allí, estuve trabajando de comí en unas piscinas que había en Isabel II. Le llaman comí al ayudante del camarero que pone los platos, los vasos, las mesas, me coloqué allí de comí con unos camareros magníficos, donde iba la hija de Franco, muy ele-

gante, a tumbarse allí la tía, yo estaba trabajando hasta que ya me cansé de estar allí aguantando todas aquellas zorrerías y me fui.

Entonces ya me puse en condiciones del estómago y todo, con médicos para acá y para allá y me fui otra vez a la construcción y me puse a trabajar. La primera obra en la que yo trabajé en la construcción, fue ahí en el paseo del Prado, donde está el sindicato, allí no encontramos los cimientos firmes, no lleva cimientos firmes, eso va cosido sobre los hombros del edificio sobre las dos calles, la que da al Paseo del Prado y la otra. Había un pozo de más de ochenta metros de profundidad, porque por ahí baja el río de la Plata, que le llaman. Fíjate como será eso que ahí hubo siempre un hotel en la calle Infantado, muy bonito, y lo derribaron pero ahí había muertos enterrados, de chicos, de gente mayor, de todo, qué se yo la de huesos que había y no se encontraban los cimientos. Ahí trabajé yo y fíjate como sería eso que venían los camiones cargados de grava, de arena, de cemento con sacos que entonces eran de hebra, no de papel, y basculaban en los pozos los sacos y todo entero para abajo; bajabas a los pozos después y ya no había nada, todo se lo llevaba el agua, no había cemento. Yo bajaba todas las noches, bueno algunas noches, porque daban al que quería bajar 500 pesetas de aquellos tiempos, un bocata y una botella de vino, se trabajaba día y noche, y no se pudo hacer los cimientos y hubo que hacer lo que yo te he dicho, está muy bien hecho. Allí empezamos a trabajar con una cuadrilla que se hizo como una

cooperativa, trabajamos con uno que era maestrucho y que luego se hizo pistolero, pero entonces no lo era y es el que nos dirigía a todos. Cuando terminamos y salimos del arranque de la obra que era lo más costoso, la empresa se negó a darnos lo que queríamos, las condiciones y le formamos un bochinche, le formamos una huelga, vino la policía, acordonaron todo aquello. Nombramos una comisión, en la comisión salí yo como era natural, porque era el que más hablaba allí. Nos llevaron en el coche a Gobernación; cuando íbamos a llegar a Gobernación les dije: "no señor, yo voy al sindicato que es donde pertenece ir" y cogí la puerta y medio la abrí, "si no vamos al sindicato, yo me tiro ahora mismo" y todo esto con la puerta agarrada; "No se ponga usted así" me decían; "que me tiro, he dicho, vamos ahora mismo al sindicato que es donde tengo que ir yo a arreglar los asuntos, no tengo que ir a Gobernación sino al sindicato".

Nos llevaron al sindicato vertical y allí estuvimos con Abellán, sería hacia el 57. Lo resolvimos bastante regular, nos dieron parte de lo que pedíamos y lo arreglamos un poquillo regular, no muy bien, pero lo arreglamos, se podría decir que ganamos la huelga y ahí conocí yo a Abellán. Fue el primer contacto que tuve con el sindicato y desde entonces no sé por qué el tío me tenía a mi respeto y me apreciaba un poquito, lo sé porque me lo dijeron otros. Desde allí, me fui a trabajar a Agromán y luego a la plaza Castilla a un edificio que le llaman Corea, que es muy grande al lado del depósito del agua de Lozoya, un poquito más

abajo, a todo eso lo llaman la Corea y en eso trabajé.

Las condiciones de trabajo eran pésimas, muy malas, nosotros no teníamos más que el derecho a la enfermedad y a los accidentes de trabajo; algunos, porque entonces era una cosa rara la que existía, tú cuando estabas en una obra te daban de alta y te pasaban a la seguridad social, y tenían que notificarlo las empresas, no te daban el nombre y apellido tuyo, las empresas justificaban por número: "tengo mil trabajadores" y ya está. Así que muchas empresas ni te justificaban siquiera ni podías reclamar después a efectos de cotización, porque ésta era por número hasta que hacia el año sesenta y tantos se modificó y se puso el montepío, ya tarde. Los verticalistas hicieron el montepío y eso creaba problemas de cotizaciones a muchos trabajadores. Fíjate tú, cotizar por el número. Agromán, por ejemplo, justificaba por mil trabajadores, pagaba por ellos y ya está, pero es que a lo mejor tenía tres mil y pagaba por mil. Eran terribles las condiciones de trabajo a la intemperie, yo he visto cosas horrosas y otras muy buenas, pero casi siempre más cosas malas que buenas. Yo he trabajado en todas las empresas de Madrid, en Agroman, en Huarte, en Saconia, en Entrecanales, en las más fuertes y yo recuerdo que como he sido un temperamento, me he ganado muchas broncas por defender a los compañeros. No he podido ver una injusticia, aunque no fuera conmigo, era con los demás y ya estaba saltando rápido y eso me ha llevado a verme muchas veces sin trabajo y de mala leche. Recuerdo que trabajando en Agromán en la plaza

España, en el rascacielo, y nos exigían ponernos el cinto de seguridad y yo no lo llevaba, lo tenía en la espuerta, porque no me lo podía poner y si te lo ponías aquello no valía para nada, porque ¿dónde lo amarrabas? y porque luego después era incómodo y no me le puse. Llegó una inspección del sindicato vertical y al verme así me quiso arrestar [multar] y le dije: "si no te vas de aquí, te parto la cabeza con el martillo, fascista, no me lo pongo porque no me sale de las narices", se formó un bronca, porque el tío se engalló, yo me engallé y vino el encargado. A los tres días me echaron fuera, a hacer puñetas.

El trabajo suele ser en cuadrilla, y ese trabajo en equipo creaba mucho compañerismo. La construcción de entonces no era la construcción de después, nosotros trabajábamos a destajo y casi siempre y nos ponían un peón o dos para ayudarnos. Al peón le repartíamos la ganancia, igual que nosotros. Nada más que en una obra se me dio el caso de que no querían repartir los demás con aquel y me opuse y forme un escándalo de espanto hasta que se le pagó. ¡Pues claro!, era el que traía la madera y ayudaba: no se puede hacer una obra sin peones. Siempre, siempre, repartíamos con el peón y todos, a partes iguales el jornal.

Las condiciones de trabajo son duras porque en Madrid los inviernos hace muchísimo frío y en verano mucho calor. Entonces no había la seguridad que hay hoy, que no es mucha, pero entonces había menos. Recuerdo que trabajando en Entrecanales y Távora, donde han hecho el depósito de máquinas de tren en

Villaverde, que lo llevaron allí, recuerdo que allí me conocían porque otras veces había estado en esta empresa. Es una empresa que nunca me vetó a mí en el trabajo, a pesar de que hubiera tenido follones con ellos. Me admitía porque era buen profesional. Yo siempre hecho más de lo que me ha pertenecido y muchos compañeros me han llegado a decir: "¡joder Maca!, no sabemos cómo eres, las pías por un real, las estás piando siempre y luego nos traes por la calle de la amargura, no paras"; y les decía: "sabéis por qué, porque yo quiero hacer siempre un poquito de más, porque como van a echarme que me digan por los motivos y eso es lo que yo pido, qué motivos: ¿soy un manazas?, ¿no trabajo y no cumplo?". Me solían decir: "No, lo contrario, usted es un trabajador bueno, pero usted es un rebelde, es un tal, esta siempre... Bueno, pues resulta que estaba trabajando allí y vino un pobrecillo, un viejete de unos sesenta años casi, de Ciudad Real, era carpintero, carrocer, sabía hacer carros pero no sabía hacer en la construcción nada. Van y le ponen a trabajar y le suben arriba del todo en la última picota; traía una blusa el hombre y con el aire se agarró a la viga, una viga de carril para luego la maquinaria; la viga era grande no se podía caer, pero el hombre se acojonó y se le inflaba la blusa con el aire y parecía un globo, y allí estaba el hombre agarrado a gatas a la viga; le mandó apostá el encargado. Yo al verlo salí corriendo, me fui para arriba y vino otro conmigo, salté por encima y pasé al otro lado; el otro tiraba de él y yo arrumbaba y así lo sacamos a la planta. Cuando llegué abajo le dije al encargado: "eres

un hijo de puta, sí, tu madre puede ser honrada pero tú eres un cabrón, desgraciao, por qué mandas a ese hombre a que se mate, es que no lo ves". He tenido muchas de esas, también que me dijeron una vez que me iban a despedir y le dije a uno: "tú me despedirás, pero te mato yo a ti", y no me despidieron.

¿Cambios en el trabajo? sí he notado algo, en la maquinaria por lo menos las grúas, en todo eso. Antes las casas se hacían a pulso, casi todo se hacía a mano, la madera se subía con lías, con cuerdas, maromas, garruchas o algún maquinillo de esos pequeños. Luego vinieron las grúas y ya el trabajo ha variado, el peso es menor, mejores las condiciones, es cierto que ha habido bastante variación de aquellos tiempos a estos. En lo demás no, en los jornales muy poca cosa. En la jornada laboral sí: antes se curraba los sábados hasta las siete y hasta las ocho de la noche. En los destajos por un estilo, yo he trabajado a destajo más que a jornal. La contratación parecida, siempre ha habido pistoleros, menos que ahora pero siempre los hubo; yo he trabajado con pistoleros y he tenido follones con ellos, muchos. Lo del Quinto Toro (bar de la calle Jardines) era el sindicato nuestro, allí ibas a hablar y a encontrar trabajo, te salía un apaño, te encontrabas a los amigos, a las cuadrillas, los unos iban a tal sitio, los otros a otro.

Luego ya empecé en CC.OO. Volví a tomar contacto con el PCE y con Comisiones, bueno eso de Comisiones, ya estaba. Comisiones Obreras no lo organiza

nadie, comisiones obreras nace por la propia patronal, lo primero que te decían en una obra era, "venga, hacer una comisión para venir a hablar" y éstas era las comisiones que se formaron. Lo que pasa es que se deshacían después, se acababa el conflicto y se iban las comisiones al carajo, y nosotros lo que hicimos fue darle un impulso a esas comisiones y así fraguan. Son más espontáneas en los años 50, pero la cosa ya madura en los años sesenta, que es cuando se forma las primeras comisiones provinciales, ya sí, ya se organiza todo. Hacia el año 65 se forma la primera Comisión Obrera de la Construcción, en el Pozo, en ella estaban Tranquilino, Arcadio, yo, otros como Marín, Román, Cándido, varios, Rojano que era un tío duro, Trinidad García Vidales, Paco Vera que era un tío excelente que vivía en el Pozo, no era tan joven aunque aparentaba serlo y varios más que ya han muerto. Luego estaba Vicente Muñoz que era del vidrio. También le he conocido a González de la Rubia, Padiá, que estuvo también en la guerrilla, el otro día me acordé de una que era muy amiga mía, la Antoñita que está bastante mal, pero que era una tía muy maja, y no podía casi andar, que lástima de la vida...La comisión provincial de la construcción, hacíamos las reuniones allí, como hacíamos muchas en la parroquia del padre Llanos que fue un tío cojunidísimo, hicimos una asamblea y allí salió..., salió uno que yo no estaba muy de acuerdo con él pero salió un tío que no me gustaba mucho y no fue muy bueno, era uno que vivía por aquí arriba, por el Fontarrón, más pacá, no era Basilio, Basilio era muy sectario y cerrado. En Vallecas

había un comité del PCE de la Construcción, yo he estado en él, allí estaba el librero de allá arriba, Ajenjo, son varios hermanos, José Ajenjo, estaban en la avenida de las Palomeras, allí hay un librería, estaba ese, estaba otro que era y sigue siendo solador alto él, ¿cómo se llamaba?, mira que no me acuerdo y mira si he estado veces con él, estaba ese, estaba otro del pueblo de Vallecas, estaba el guerrillero, el Guerri que le llamábamos, que había estado en la Unión Soviética, hace muchos años, estaba Marín, Santana, Cándido ahí estábamos todos, en la dirección esa. Romero Marín se ha reunido en mi casa con el comité. Era el contacto de Partido en aquella época, Romero Marín es un héroe. Tú conoces la historia de Romero Marín, un tío que le pilla el movimiento allí en Huelva en Río Tinto y coge la gente que había por allí y viene pegando tiros hasta Madrid, coño organizando todo, Romero Marín es un tío cojonudísimo.

He sido un hombre muy inquieto, no he estado mucho en las obras: me echaban o me iba yo. Irme me ido poco, echarme siempre. Yo he revuelto todo Madrid trabajando en obras y en distintos sitios, muchas veces me han despedido, no por finalización de obra sino por el trabajo sindical y la bronca; muchas, no las puedo ni contar, y la policía ha ido a la obra a por mí varias veces y me ha llevado preso. Recuerdo que trabajando en Entrecanales, me detuvieron con Tranquilino, a los dos a él y a mí. Mira por lo que fue: estábamos trabajando él en un lado y yo en otro, pero los dos en Entrecanales y el ingeniero jefe estaba loco

porque ya habíamos tenido varias huelgas, varios conflictos, y le dijo a una empleada que era del jurado de empresa que le gustaría hablar con hombres de CC.OO., pero no con Paco el Cura que también trabajaba en la empresa. Quería verse con Tranquilino o con Macario, si era posible; el hombre de oídas nos conocía. Nos pasaron el aviso. Fuimos Tranquilino y yo a hablar con él, tras consultar a CC.OO. y que nos diesen el visto bueno. Estuvimos hablando con él 3 o 4 horas en su despacho, Tranquilino y yo, convenciéndole, no era mal hombre, era razonable. Cuando fuimos a salir, la policía. Tranqui cruzó de acera para ir no sé dónde y yo que me iba a la embajada cubana a coger un papel para enterarnos de algo, pues cuando me di cuenta vi que al cruzar la calle Tranqui, le echaba mano unos policías de paisano; entonces yo me volví para atrás y me dijeron: "¡no te muevas!" y ya me tenían encañonado con la pistola. Nos llevaron a Gobernación y Tranqui daba voces como un loco, tenía unos cojones como la copa de un pino, y yo estaba escuchando como declaraba y pensaba, "la madre que me parió, la paliza que le deben estar dando", pero luego salió con la chaqueta al hombro y me miró y me dijo, "¿qué pasa?". Eso que había doce gorilas dentro y les decía cada cosa: "no me sale de los cojones decir nada, los estatutos de mi partido me lo prohíben, ir a preguntárselo al ingeniero que os diga lo que nos ha dicho"; entré yo detrás y nos llevaron presos a los dos a Carabanchel. Luego después, Paco el Cura con los trabajadores de la empresa se fueron a las oficinas y apedrearon la oficina, rompieron los

cristales y montaron el follón. Y luego resulta que no había sido el hombre, el ingeniero, porque yo cuando salí de la cárcel fui a verle, Tranqui no quiso, y me dijo, "yo no he sido el soplón, Macario, que lo sepa usted, se quién es, Fulano de Tal y ya le he echado de la empresa", un bicho que había allí, un tal Jiménez. Estábamos trabajando en las obras de Canillas.

Otra empresa donde tuve mucho lío fue en Saconia en la dehesa de Moratalaz, en la Urbis. Ahí tuve yo un fregao de tres pares de narices, resulta que ahí empieza una huelga y la gente trabajaba, nos liamos a explicar las cosas con los piquetes y paramos las obras. Entonces había bastantes obras y bastantes obreros, no como ahora que hay cuatro gatos. Paramos y cuando terminó la huelga vamos a trabajar y resulta que al ayudante que yo tenía, que era un chico de Linares, buen chaval, pero el hombre no estaba muy fogueado, le dijo el encargado: "qué, Ud. no vino a trabajar, ¿tenía usted miedo?"; le echo una bronca de espanto, cuando fue a coger la ficha del fichero y yo que estaba oyéndolo. Me dice: "¿a usted también le dio miedo? y le contesto: "yo nunca he tenido miedo en toda mi vida y menos voy a tener ahora, desgraciado, fascista"; Me lié allí con él a darle voces, así que otra vez fuera. Y así he andado siempre, quizá era demasiado impulsivo, pero es que yo no podía dejar que al chaval me lo acojonara y me salía el pronto.

Nosotros hemos cometido a veces errores, no por no tener preparación, sino por ser demasiado impulsivos y rápidos, no había por qué ser tan rápido y hemos

hecho algunas cosa jodidas. Yo recuerdo en una de las huelgas, la huelga más grande y una de las más bonitas que se han hecho a mi juicio, aunque a algunos no están de acuerdo con ello, yo lo he dicho varias veces. Nosotros hacíamos las huelgas, pero no salía el comité de huelga, la comisión para negociar, pero aquella vez si lo hicimos bien porque recuerdo que Arcadio y yo lo planteamos, Tranqui no quería. La huelga se hizo en el Pozo del Tío Raimundo y yo dije hay que salir con nombres y apellidos y como Comisiones Obreras, ¡qué leches!, Arcadio igual, Tranquilino no lo veía y otros no querían, Paco el Cura a medias, Antonio Durán, el de Pegaso, ese también estaba de acuerdo con nosotros, pero le habían detenido dos días antes y no pudo participar. En resumidas cuentas, que le dije a Tranqui, hay un arreglo: "como tú tienes contacto con el partido, plantéaselo al partido y que él nos diga lo que tenemos que hacer". Luego vino Romero Marín a vernos y nos dijo: "me lo habéis quitado a mí, lo traía aquí puesto, la huelga con nombres y apellidos, como Comisiones Obreras y se terminó". Y así lo hicimos. En aquella huelga fue donde murió Pedro Patiño y le dieron un tiro a un estudiante en una pierna, que yo fui a ver a su familia, para ponernos al servicio de los padres de la criatura, un buen chaval, majo, le he visto después alguna vez, no me acuerdo del nombre, sé que vivía por Carabanchel.

En resumidas cuentas, que hicimos la huelga, con nombres y apellidos, que fue provincial y fue aquella donde fuimos a ver a Licinio de la Fuente después de

lo de Patiño, a San Sebastián, ¡hijo de su madre! Hicimos una comisión y de la comisión se rajaron un par de ellos. La comisión se hizo deprisa y corriendo, cogí a los veteranos, a uno de Fuenlabrada y al otro de Ventas, no me acuerdo de cómo se llamaba ninguno de ellos casi. Fuimos a hablar con Licinio de la Fuente ¡qué hijo...! Fuimos cuatro, pero yo fui solo porque como tenía a toda la policía en contra mí y como ellos no estaban muy significados, les dije: "vosotros marcharos y me esperáis en San Sebastián y luego luego yo, que tengo que ir aparte para que no nos cojan". Llegamos allí, hablamos con Cristina Almeida, que fue la que me dio las señas del abogado Bandrés, que era el abogado de la ETA entonces, era el que defendía a la ETA en Burgos, y fue Cristina la que me dio el contacto. Llegamos al despacho y no se me olvidará, le decimos: "bueno localízanos donde está el ministro y a ver cómo nos preparamos para hablar con él, queremos hacer esto y esto...", y nos contesta: "bueno, pues habrá que estar algunos días para preparar las cosas", le respondemos: "no, no hay días que valga, hay que hablar con el ministro sin más tregua, dinos dónde está el ministro y vamos nosotros a hablar con él, tráenos la dirección y como hay que llegar y se terminó"; y nos dijo Bandrés: "muchos cojones le está echando la ETA, pero vosotros más, sabéis lo que vais a hacer?" y le contestamos: "sabemos dónde vamos a ir, a la cárcel como mínimo si no nos fusilan, pero vamos, hay que ir". Conque, efectivamente, nos dijo el hotel donde estaba y nos dijo: "mirad hay tres puertas una que es redonda, una a la izquierda y otra a

la derecha, si salís por la derecha lo más seguro que vais presos, yo ya he encargado unas marmitas y unas mantas para llevaros café y mantas porque aquí hace mucho frío en la cárcel. Nos dijo Bandrés que estaría en una cafetería de enfrente sentado con unos amigos y que nos vería salir.

Llegamos al hotel más elegante que había en San Sebastián, te hundías en las alfombras, no podías andar de lo molesto que era aquello, y allí, no veas, había lo menos catorce tíos sentados en un diván, policías y el secretario del ministro. Se levantaron al vernos. Nosotros ya teníamos estudiado lo que teníamos que decirle al ministro. El primero en hablar era yo y luego todos los demás planteándoles el problema. Efectivamente llegamos allí y salió el de la Mora, que era el secretario del ministro, se dirigió a mí y dijo: "yo soy el secretario del ministro y tal y cual, el ministro no les puede atender porque mañana tiene una reunión del Gobierno y no puede estar..." y estábamos allí cuando le veo al ministro que baja por las escaleras del hotel para abajo, y me dije: "ya estamos aquí, le hemos pillado" y era él que estaba allí. Cuando salió el ministro empezamos a hablar con él y fue cuando nos preguntó aquello de si éramos cargos sindicales. Yo le hablé en nombre de Comisiones Obreras, así como suena: "somos una comisión de trabajadores que nos han nombrado en Comisiones Obreras, sí, sí, sí y tenemos un asesinado...", "¿Cómo un asesinado? saltó el ministro,

"Sí, un muerto, han matado a un hombre de la cons-

trucción, la policía, y hay otro herido". Así que le planteamos allí el problema y decía el de la Mora: "muy interesante, han hecho ustedes muy bien en venir a hablar con el ministro, así que miren ustedes, se van al trabajo mañana para normalizar las cosas, y se le dijo: "No, señor ministro, no se para ninguna huelga sin negociación y soluciones".

Y el ministro nos dijo: "Yo me comprometo a hablar con ustedes allí en el ministerio y me encargaré de arreglar todas esas cosas del sindicato y hablar con la gente y poner las cosas como corresponde ponerlas no se preocupen y tal y cual", yo le dije, "bueno". Salimos y digo tirar a la izquierda que nos están vigilando y nos fuimos a Madrid. A los tres días ya estábamos en el ministerio y no estaba el hijo de su madre, había pasado no sé qué en Valencia y allí había ido. Total, que le dije al de la Mora: "dígame usted al ministro de mi parte que no es hombre de palabra, que yo me creía que era hombre de palabra pero no lo es, decía que íbamos a hablar pero por lo visto no ha hecho nada, ni hará nada". El secretario se puso muy nervioso: "¡Oiga usted!"; "nada, nada, dígaselo usted al ministro de mi parte, de parte de Macario Barjas López", digo "si me da tiempo, porque a lo mejor me detienen". Al otro día me detuvieron, en el metro en Goya, iba al despacho de abogados que había allí en Alcalá y al salir del metro me echaron mano, y a los demás les detuvieron en su casa, a unos, y a otros en el trabajo, a todos los que fuimos a hablar nos llevaron a Carabanchel. Esa huelga fue la mejor huelga que se planteó,

con nombres y apellidos de los cabezas de la huelga ¡cojones, por qué vamos a estar aquí nosotros engañándonos! Tuvo resultados, sacamos subida, incluso yo notaba que nos respetaban más en el vertical.

Lo de las muertes en Granada fue el año anterior y también nos cogieron respeto. Yo estuve allí en el entierro, con este que estaba en la federación, con el secretario general de la federación, con Antonio Herrera, estuvimos los dos en el entierro de Granada, me marqué yo un rollo que no veas. Yo ya noté que nos tomaban un poco más de respeto, incluso la propia patronal, que pensaban (eh cuidado!, paraban el carro. Ya no engañábamos a nadie, íbamos con la cara descubierta, había mucha capacidad de movilización. En los años 70 se producen las huelgas de Sevilla, de Granada, de Madrid, de San Adrián del Besos, en muchas provincias, eran huelgas duras, con muertos, que a veces duraban meses. Había, también, esa conflictividad pequeña, cuando se ponían de acuerdo los carpinteros o los ferrallas o albañiles y se ponían a ritmo lento o hacían un plante.

La huelga que más me dio y más moral fue la huelga del Zoo. Allí estábamos siempre de huelga, estaba allí, este que se mató con un coche, Javier García, el Frailete le llamaba yo, no fue fraile por un milagro si vieras lo que nos dijo el profesor cuando fuimos a por él, a Paco el Cura y yo: "se llevan ustedes el mejor alumno que he tenido en mi vida". El Javier era muy inteligente, pues él estaba siempre: hay que hacer huelga ya, hay que meterle mano a esta gente. Llevá-

bamos unos tacos de boletines de aquí te espero y los dejábamos en tal sitio y cuando volvíamos a la media hora allí no quedaba nada, venía uno con el periódico, todos se llevaban los boletines, todos, así que hicimos un plante un día y me despidieron. Les dije que era ilegal el despido y les planto un juicio. Les denuncio entonces y me mandan una carta para que fueran los testigos, porque me decían que había tenido una bronca con el encargado. Así que me voy a la empresa y el encargado estaba en el cruce de la carretera de la Casa de Campo y me dice: "Hombre, Macario, -no era mal hombre-, qué quiere usted"; "pues que me ha llegado esta carta y vengo a por los testigos para el juicio ya que mañana tienen que ir al juicio"; y me dice: "yo no quiero saber nada, pase usted para dentro y hable con Casas" - que era el bicho número uno- "hable usted con él". La empresa era la Comilsa. Paso para las oficinas y estaba el tío escribiendo, levanta la cabeza y me ve, saca la pistola del cajón, porque el tío había sido comandante, me pongo así contra la puerta y le digo: "venga, tira ya, tira sin miedo, hombre, si tienes cojones tira, que no voy a correr, vengo a esto, con esta carta y esto es legal"; "tú, no puedes venir a la Casa Campo ni en 40 kilómetros a la redonda porque tú eres un comunista malo, y tal y cual"; salgo por la puerta y el tío detrás de mí y me dice por aquella carretera y le digo "salgo por esta, por donde me sale a mí las narices, por esta". A todo esto dando voces, salgo para adelante y el tío detrás con la pistola en el bolsillo. Miro para atrás y me veo los carpinteros en fila con los martillos en la mano, los albañiles con las

paletas en la mano, los ferrallas con las barras de uña en las manos, los vi en fila india y pensé "¡la madre que me parió! esto es lo más grande que yo he visto en mi vida". Cuando llegamos al cruce de carreteras me encuentro al encargado y a un jeep de la guardia civil y les digo: "compañeros -a mí se me caían las lágrimas de ver a aquellos tíos con un par de huevos allí- vosotros a vuestro tajo en silencio"; le dije al guardia civil: "anda que no pasa nada, bajo mi responsabilidad ese es un asesino, que lleva la pistola en el bolsillo, cachéele, la lleva me la ha sacado a mí que vengo a esto: mire las carta que traigo del juzgado"; "nada, nada no se preocupe usted", decía la guardia civil, y el tío echaba espuma por la boca. Fue un detalle eso de ver a los trabajadores, de sentir cómo la gente viene contigo y que es la gente que te apoya y que te ayuda, eso vale un tesoro. Se ganó aquella huelga, fuimos a juicio y me readmitieron otra vez.

¿Sabes quién era uno de los jefes de la empresa?: Arias Navarro. A mí me quisieron comprar en aquella empresa y les dije no hay dinero bastante para comprarme a mí. Lo intentaban mucho. A mí me dijeron: "pida usted lo que quiera, estamos dispuesto a dárselo, lo que diga usted". Yo les contestaba lo mismo: "No hay dinero en esta empresa para pagarme a mí, y yo sé que tenéis mucho en las arcas, porque Arias Navarro no está descalzo" Se enfadaban: "¡oiga, qué dice usted!" y yo insistía: "pero es que no lo sabéis". Se ganaban la mayoría de las huelgas. A los quince días justos fui otra vez a trabajar y me llamó la empresa

para discutir el convenio. Fíjate que allí había muchos peones que eran de Ciudad Real y venían en los camiones y no les pagaban los viajes, pues sacamos que les pagaran los viajes a los peones y que les subiera el sueldo, luego iban los cabrones con los lapiceros escribiendo ¡Viva Maca! ¡viva la madre que le parió! Allí me hice más popular que el copón, todo el mundo "¡Maca, Maca...!". Y sacamos un convenio muy cojonudo y a los carpinteros nos subieron un 15%. Y es que habíamos leído en la prensa que la obra del Zoo había que entregarla en tanto tiempo, y entonces le dije a Javi: "ahora tenemos la ocasión, ahora tenemos la ocasión, ya estábamos liados". Estábamos haciendo, no se me olvidará, un muro que hay entre la fauna africana, que baja hasta abajo, todo de hormigón como de un tabique y les dije a los compañeros: vais a terminar de encofrar el muro, lo vais a dejar muy bien, pero no lo apuntaléis, venían catorce botellas de hormigón y empezaron a echar hormigón y aquello a reventar, tuvieron que irse, la que se armó allí, aquello tirado allí, y el encargado desesperado, casi lloraba y gritaba: "¡ayudarme!" y le decíamos "¡cógelo tú con el casco!" qué vamos a ayudar, nosotros nos vamos a las cinco de la tarde. Estábamos de ritmo lento. A mí los franceses me enseñaron estas cosas, por eso cuando vi el periódico, me dije "ya estamos igual que en Francia, a por ellos". A las cinco de tarde nos vamos todos y esto se va a hacer puñetas y así fue. Dices tú, en Francia hacen eso, empiezan la huelga y hacen el primer día una hora "¿para qué harán eso?". Al segundo día tres horas, y así poco a poco van avanzando hasta

que llegan a la huelga indefinida, y así lo hicimos nosotros y nos salió cojonudo. En esa empresa me detuvieron, y estuve en Carabanchel porque me denunció la propia empresa. Cuando salí fui a por la liquidación y salió el encargado y el ingeniero jefe, le habían dicho a los de la oficina que cuando fuera que no me pagaran, que les avisaran, y salieron ellos y les dije: "Muchas gracias por su atención hacia mí, muchas gracias, pero ustedes se han portado muy mal conmigo, me denunciaron a la policía diciendo que yo era mal marido para mi mujer, que yo la tenía abandonada" y me dijeron: "Señor Macario, eso es incierto, nosotros no hemos dicho nada de eso a la policía, al contrario que era usted un buen trabajador...", eran unos hijos de puta. Otra huelga sonada a la empresa Comilisa fue la del Rayo, que era de los mismos que los del Zoo.

La represión diezmaba mucho. En una de las huelgas detuvieron a todo el comité de huelga, le cogieron reunido en la casa de la artista esa, Julia Peña, a todo el comité de huelga. A mí me habían detenido dos días antes y me sacaron de Gobernación sin saber por qué. Eso sí que tiene narices. La Cristina fue la que me sacó de allí, llegó Cristina a mi casa al enterarse de que me habían detenido y se encontró el cuadro de mi mujer allí, sola y enferma. Reunió a todos los vecinos e hizo una asamblea en mitad de la calle, habló a los vecinos, cogió testigos, fue a Gobernación y me sacó. Y recuerdo como ahora mismo, me dice el guardia: "está usted en libertad"; "¿cómo en libertad?", no

me até siquiera los cordones de los zapatos, con ellos en la mano salí corriendo, cogí un taxi en la Puerta del Sol, el primero que encontré y ante la pregunta de ¿adónde vamos? le dije "donde usted quiera, salga usted de aquí, inmediatamente", cuando me preguntó que qué me pasaba y le dije; "mire, yo no soy ningún chorizo, ni he robado a nadie, yo soy de comisiones obreras y me ha pasado esto..." y me dice: "¡la madre que me parió! usted es de los míos, yo también soy de CC.OO.". Bueno, para qué quiero más, y me traje hasta Vallecas y no me quiso cobrar nada, el tío más contento que unas castañuelas. Pues me puse en contacto con el comité de huelga, y la huelga se hizo y la huelga se ganó, ya lo creo, con todos los compañeros en la cárcel, no me acuerdo bien del año, se me va la memoria, pero fue después de lo de Patiño.

Las reuniones eran de muchas clases. Se hacían reuniones en iglesias de diferentes barrios (Vallecas, Moratalaz, Usera, etc.), en los despachos laboristas y, como es lógico, en las obras en construcción. Todos los lunes hacíamos las asambleas allí, en el vertical, en José Antonio, cien trabajadores no faltaban nunca y a veces mucho más cuando estaba la cosa caliente. Me acuerdo que me dijo un día el Torres, José Torres, me dice: "te voy a decir una cosa, hay aquí una mujer que te mira con muy buenos ojos" y yo le dije: "anda vete por ahí, deja de vacilarme, déjame a mí de tías", pero insistía: "que si, Maca, que es muy influyente, sabe mucho, es muy inteligente, trabájatela". Pues efectivamente, nos ayudó mucho, fíjate si nos ayudó

que a mí me informaba de todo, de si la policía venía, sobre quien era el malo, quien regular, quien era el bueno en el vertical; trabajaba allí, era administrativa, el marido había muerto en la división azul, no era mala muchacha, era joven, de mi quinta, me enteraba de todo, me decía que allí había mucha gente que me apreciaba, que les había oído hablar a falangistas a gente, según ella, me respetaban. No llegue a ser enlace sindical. Yo pude haber sido más que enlace sindical. A mí me propusieron los verticalistas, me quisieron coger para ser del vertical. No se me hubiera ocurrido en mi vida, además, el partido me dijo que ni hablar.

Los de otras ramas nos llamaban "tupamaros", especialmente los del metal. Tuvimos que hacer nosotros el relevo, les dieron muy duro a ellos con la represión y les tuvimos nosotros que sacar. Iba yo a por ellos, a los católicos estos, que tienen el local que daba a la Gran Vía, en la calle Silva, allí iba yo a por ellos. Allí estaba ese del metal que está en la ejecutiva ahora, allí estaba con el Gil Robles ese. Les tuve yo que sacar porque estaban todos perdidos y no tenían ná de ná. Hubo gente de los despedidos del metal que acabaron aterrizando en la construcción: Antonio Durán, Luis Malo, que eran de los despedidos de Pegaso, y mucha más gente. Me acuerdo que el metal estaba hecho una porquería, no servía para nada, el único ahí el Pepito [Pepito Casado] que trabajaba aquí en Isodel, pero los demás nada. Cayó Camacho y cayeron esos del metal y no quedó nada. Las relaciones con Marcelino, po-

cas, caía cada dos por cuatro; es que era la hostia. Arcadio le atacaba bien: "tu no hablas más que del metal y la construcción qué ¿es una mierda?". Es que a Marcelino le tiraba mucho el metal, pero contacto con él muy poco.

Yo me acuerdo que hicimos una asamblea en el metal en una huelga. Como me salió a mi aquello, me llevaron a Standard y me confundí de vestuario y me metí al de las mujeres, pero ya que estaba allí hice la asamblea. Salió una compañera de allí diciendo, "tener cuidado que este es un compañero mío que se ha confundido pero no pasa nada, vino a hacer una asamblea.

En la universidad, las he corrido todas. Hasta en la fábrica de curas estuve, allí en Comillas. No se me olvidará en mi vida, había quinientos tíos allí y empecé a hablar y luego hablaban ellos. Intervino un cura que era mallorquín, que ya era cura, porque había otros que no eran curas aún porque les faltaban tres o cuatro pasos para ser curas. Sabía muchísimo, el cabrito debía de conocer hasta las verrugas que tenía Lenin en el sobaco, del marxismo que sabía el tío, era una cosa mala, un fuera de serie. Yo estaba tomándole los apuntes y el de la mesa qué era un catedrático, me dice: "a éste le contesto yo". No, dije: "este es mío, no me le toques". El catedrático vio, cuatro apuntes con letra gorda en un cacho de papel y debió de pensar que no le contestaría mucho. Ya que acabó el otro de hablar, pido la palabra y le digo: "yo no sé cómo llamarte, si camarada, compañero o amigo, yo te admiro porque has dicho verdades como templos, tú conoces

el marxismo tan bien como Carlos Marx o mejor, pero que mal lo has digerido. Mira yo voy tardar menos que tú, por esto y por esto (nos criticaban porque nosotros queríamos hacer la unión nacional y la reconciliación, y ya estábamos tratando de hacer las Juntas Democráticas, y ahí nos criticaban), pero que mal lo has digerido, te ha hecho daño, esto por esto , esto por aquello". Cuando terminé de hablar le dije: "y ahora ni tu ni yo llevamos razón, que diga la asamblea". Mira, levantó el brazo la gente, aplaudiendo, cogió el tío la puerta y desapareció. Y me decía el catedrático, que era gallego: "yo nunca me podría imaginar que eras capaz de contestarle como lo has hecho, tu eres un catedrático de verdad, él no tú". Salió la asamblea más bonita. No sé qué sería, un chino de aquellos, pero lo puse en su sitio.

La relación con los curas buena, con los cristianos, con el padre Llanos. Recuerdo que vino un granadino y le dije "¿dónde vives tu, tienes sitio?". Como me dijo que no, le planteé: "esta noche vamos a ir a dormir a casa de un cura" ante su asombro se lo expliqué; "a casa de un cura, coño, a una iglesia", "oye Maca - me dijo- que me han hablado de ti bien pero no te cachondees". Vino conmigo al Pozo del Tío Raimundo y cuando llegamos al Pozo, entra allí a la sacristía y nos ve el padre Llanos y me dice el cura: "hombre Macario ¿qué pasa?", le digo "mira, vengo a pedirte un favor, te presento a un camarada, a un compañero nuestro de Granada que está en esta situación, no tiene donde ir a dormir, no tienen sitio, pero es que yo estoy

igual que él o peor, tengo a la policía detrás mi - porque tuve una temporada que me traía por la calle de la amargura- queríamos ver si podíamos dormir por aquí" y dice: "mira, pasar para dentro, esa cama es la mía ahí duermes tu, y tú en esta otra, no os pido más que una cosa, que mañana cuando os levantéis lo hagáis temprano, pero en particularmente tu que eres muy conocido, para que no te vea por aquí la gente, porque si no la policía no me veas. Y tú puedes dormir lo que quieras". Ese era el padre Llanos y allí estuvimos durmiendo, yo dos días o tres y el otro una semana hasta que le buscamos un alojamiento. El padre Llanos se ha portado muy bien con nosotros, Me acuerdo una asamblea que tuvimos en el Pozo, que estaba Camacho, cuando fuimos a salir de la asamblea, Camacho se quedó de los últimos, yo también, nos quedamos dos o tres juntos porque estábamos más vigilados, porque nos seguían los pasos la policía y nos quedamos con el padre Llanos. Empezó a hablar el padre Llanos y llevaba una medallita aquí y yo me pensé que era el Che Guevara, y se lo dije "llevas el Che ahí". Y era Cristo, con la barbas y eso, "¡ah! es Cristo, perdóname, me he confundido" y nos dijo: "no, hombre, no", y empezó a hablar con nosotros y dice: "te voy a decir una cosa, a ti Camacho y a ti Maca, ¿sabéis quien me ha hecho creer más en Cristo?: vosotros, ¿sabéis por qué?: porque vosotros, creáis o no creáis sois como Cristo, yo os veo como lucháis por el pueblo, por los trabajadores, por la gente sencilla, y eso hacía Cristo, como vosotros. Yo me quedé asombrado y me dije "bueno, pues parezco un Cristo".

Nos apoyamos mucho en los despachos de abogados laboristas. Nos llevaban los juicios de los trabajadores en Magistratura, nos reuníamos allí, nos atendían cuando nos detenían. Con los que me he llevado muy bien es con los de Atocha, con Manola Carmena, también con Nacho Montejo y otros como los de la Calle Alcalá 151, en Goya, donde nos reuníamos todas las semanas los últimos años del franquismo. Pero especialmente con Manola. Yo iba tanto al despacho que Manola llegó un día a decirles a Nacho y a todos, que iba a poner en su despacho, una cama turca para que me quedase a dormir. A mí me quería ella mucho y yo la quería a ella mucho, mucho.

Como dije antes el papel fue muy importante en la organización de CC.OO., y en las luchas de la construcción. El PCE funcionaba bien, había un comité, se discutía todo y mucho, se era muy autocríticos. Entonces se portó muy bien con nosotros. Con Romero Marín, con Salinas, con todos esos que eran del comité central, del provincial. Se portaron estupendamente, pero con todo y con eso no era como luego fue, pero entonces era coser y cantar, al contrario se portaron estupendamente. A mí me apreciaban mucho ellos y nunca me hicieron de menos en nada, en nada, ni unos ni otros, Yo me acuerdo una vez que unos estudiantes que fueron a comer a Segovia, eran gente estudiantes pero de perras, todos democráticos y gente de casa, pero con perras. Fueron a comer unos cabritos allí a Segovia y llegaron y comieron y por lo visto les hicieron una pirula, les pusieron de más en la cuenta y

formaron un pequeño follón. Total que les llevaron a la comisaría, entonces encima de la mesa del comisario había unos papeles y cogió una estudiante y se los metió en el escote creyéndose que aquello era algo. Yo no me enteré entonces de que la comisaría general de Madrid, mandaba a las comisarías más cercanas de Segovia, Soria y estos sitios, las notificaciones de las detenciones y las declaraciones, la captura y busca de algunos, en fin, cosas así. Y mira por donde ahí venía mi declaración ante la policía y me llamó Romero Marín y entonces fue cuando me enteré yo que las declaraciones que hacíamos en Madrid iban por todos los sitios esos. Bueno, pues me llamó Romero Marín y me dijo: "si todos los comunistas que entran por Gobernación le echaran los cojones que tú le echas y algunos más otra cosa nos cantarían". Mi declaración era la siguiente: "En el 33 pedí el ingreso en la Juventud Comunista, hasta la fecha, fíjese los años que llevo, y en CC.OO. tengo el honor, el orgullo de ser uno de los fundadores y no hay más y no hay más". Fue por lo que Romero Marín dijo aquello. Y la chavala, la estudiante esa, me tenía a mí en las nubes, no veas que tío más cojonudo, todos tenían que ser así y tal y cual. Romero Marín me dijo, te llamo para contarte esto.

Las relaciones con otros grupos políticos de izquierdas eran conflictivas. El Torres era una buena persona, no conocía ni un ladrillo cuando llegó a la construcción. Tenía una cosa y es que en las reuniones tenía distinta postura, pero luego iba a la calle y estaba

con la mayoría y defendía los acuerdos. Recuerdo que un día íbamos a hacer una asamblea en Pinto o por allá y venía el que fue secretario general de CC.OO. en Madrid, Fidel Alonso, y me dice Fidel: "oye, a este tío hay que dejarle que hable primero él o nos la va a meter", y le digo: "no, este tío no nos va a jugar ninguna pasada, va a hablar y va a defender los planteamientos mejor y más claro que los tuyos y los míos"; y así fue. Cuando salimos me dijo Fidel: "llevabas razón Maca, joder que tío"; "pues mira -le dije- todo lo contrario defendía en las reuniones, pero aquí no, aquí dice lo que dice la mayoría". No me acuerdo cual era la polémica, pero en resumidas cuentas, que él se portó muy bien e hizo la defensa de las posiciones. El Torres era un tío inteligente lo que pasa es que era un poco pirata, yo con Torres me he llevado bien siempre, era un tío muy salao. Siempre hablaba el último y un día le dije a uno: "¿y este tío por qué pide la palabra siempre el último" y me dijo: "¿sabes, por qué? porque está aprendiendo de ti". Y un día se lo dije: "oye, ¿quieres clases o qué?"; y me dijo: "no te enfades porque yo aprendo y tú me estás enseñando mucho".

Respeto de otros grupos: el PTE, el Iglesias, ¿se murió? El que se marchó a América Latina era el Moreno aquel de la Liga, el de la vespa, liaba cada una. Recuerdo que haciendo un edificio en la calle San Bernardo, allí éramos un equipo de Comisiones cojonudo. Teníamos allí follones y hacíamos asambleas y las desbarataba todas y un día le dejamos solo en la asamblea y hablaba solo contra la pared. Qué bronca

era el jodío, y luego era buen chaval, pero era muy pendenciero, muy revolucionario, pero luego no se comía una rosca.

Arcadio [González] era muy bueno, el mejor compañero que yo he tenido. Nos llamaba la policía hermanos, yo le decía a Arcadio: "es que mi padre ligó a tu madre", y él decía que al revés. Arcadio era muy buena persona, ha sido el tío de más corazón que yo he visto. Qué humildad tenía ese hombre, me hizo a mí una faena en mi casa que no olvidaré. Estaba él fuera y yo estaba jodido, estaba sin trabajo, mi mujer enferma no se podía mover de la cama casi, la tenía que lavar, darla de comer y todo y todo. Y vino Arcadio de la cárcel y preguntó por mí y le dijeron pues le ha pasado esto y aquello y como Maca es un hombre tan raro, no quiere que le ayudemos y nada, pero lo debe de estar pasando canutas. Así que se presenta en casa. Lllaman a la puerta, la abro y al verme: "¿Qué tal hombre?, abro así la puerta y me empuja y me tira contra un rincón, porque tenía ese pronto. Se metió en la alcoba, ya estaba mi mujer sentada y peinada para sacarla despacito al comedor y la dice: "qué, compañera ¿está mejor?, ¿cómo le trata éste, que es un animal?"; ella le dijo: "tiene mucho genio, pero me trata bien". Llega a la cocina, abre el armario de la cocina y no tenía nada, una pera o dos, un filete preparado para dárselo a mi mujer y ahí tenía yo un plato con patatas con arroz y bacalao que me lo había hecho hacía dos días para mí. Se queda mirando y me dice: "¡qué desgraciao! pero ¿tú quién te has creído que eres? Se

marchó y volvió al rato cargado de bolsas con comida de todo tipo. Se va a la cocina y lo mete allí en el armario, arregla eso, so desgraciado, no seas como eres. Tú que te has creído y tal y cual, me dio la bronca. Me dijo te crees un héroe, de qué vas.

Otra vez, como a mi mujer no la podía llevar a ningún sitio ¿sabes lo que hizo? Llamaron otro día a la puerta y me encuentro a dos monjas con él, dos monjas y un señor era un médico. Llega y me hace así un gesto con la boca y dice "mire usted hermana, mire usted que mujer más guapa, más hermosa y que bien está, mire usted que limpio tiene todo, ésta es, ésta es"; y la monja: "que tal está usted, señora", y yo mirándole a Arcadio y pensando "cómo se ha metido este tío en este lío". Y me presentó al médico que era del partido ¿cómo se llamaba? un tío estupendo, el médico de Dolores, el Caba, Pedro Caba, me lo presentó y me saludó. A los cinco o seis días mi mujer ingresó en la residencia, una residencia muy buena donde murió. Ese era Arcadio, así se portaba con los compañeros. También pensaba, el libro que hizo está muy bien.

Yo con Arcadio discutía mucho, políticamente y sindicalmente, el que no nos conociera se asustaba. Me acuerdo la primera reunión que tuvimos en el Central con éste que has nombrado tu antes que es abogado, Plá, que en la última etapa era el contacto de la construcción con el partido; éste se asustó cuando nos vio discutir, debía pensar, "estos se matan un día". Pues no, señor, salíamos muy mal de la reunión, pues a la media hora ya estábamos llamándonos por teléfono, él

a mi o yo a él: "dónde vas a comer, desgraciado, que si vas a comer, que tú no sabes comer..." y ya estábamos juntos otra vez. Y es así, siempre acabábamos juntos, pero eso sí discutir discutíamos mucho. Recuerdo que eran discusiones buenas, claro con nuestro temperamento eran más duras, más fuertes, cada uno tenía su temperamento, yo tenía el mío. Tranqui discutía menos.

Arcadio conocía a mucha gente por ahí, Fue el que preparó la reunión de Cuadernos para el Dialogo. Va y me dice: "preparate, estoy preparando una reunión con la patronal y con el sindicato vertical". En resumidas cuentas, prepara la reunión y allí nos fuimos, Tranquilino, yo y él. También se llevó a Landa, que era un médico del partido, Villa Landa, y fueron el jefe de personal de la Urbis, en resumidas cuentas que se llevó a todas las partes, a la patronal y al sindicato vertical, a aquel que se llevó el dinero, el Gómez o no sé cómo se llamaba el bandido aquel se llevó 30 o 40 millones. Hicimos la reunión con Agromán, con todos los jefes de personal. Cuadernos para el Diálogo se asustó, a mí me dijo Cuadernos: "habéis estado a punto de cargaros a Cuadernos para el Dialogo, especialmente tu Macario, porque sois demasiado duros, demasiado duros".

Yo dije que no había venido aquí ha hacer la pantomima, yo había venido a decir las cosas como corresponde decirlas. Luego se publicó y se agotaron todas las tiradas. En resumen, que Arcadio, te dejaba asombrado. Allí había economistas, se puso a hablar de

economía Arcadio, yo cuando le vi me dije “madre mía, se va a meter este en economía”. Pues hizo una intervención económica fuera de serie. Estuvimos los tres y también fue Manola Carmena. Entonces era el director Ruiz Jiménez, estaba en Suiza y vino corriendo pensando que le íbamos a buscar la ruina. Se agotaron las tiradas, tres o cuatro tiradas. Nos llamaron los de CC.OO. de Cataluña y nos dijeron: "hacer muchas de estas mesas redondas, las estamos vendiendo como churros nosotros y estamos ganando dinero de buten".

Tranquilino [Sánchez] de cojones más que el caballo del Espartero, de cabeza a veces más testarudo que la madre que le parió, pero valiente, le echaba el tío mucho valor. También había otros, pero más que el Tranqui ninguno, en eso era terrible. Ahora, tozudo y cerrado, mucho. Me acuerdo una vez, porque Arcadio era el tío que conocía a todo el mundo, artistas, no artistas, me acuerdo un día que me llevo a dormir a una casa, porque estábamos jodidos por una huelga, y me lleva a dormir a una casa allí por el Bernabeu que yo me asuste. Tú te has equivocado, le dije. Las llaves del piso estaba debajo de la alfombra, levantó la alfombra, cogió las llaves, abrió y entramos allí. Aquella casa era de cine, macho, de cine, en el frigorífico que tenía había hasta caviar. Aquella gente, serían millonarios, yo no me lo explico, artistas yo no sé lo que serían. Le dije: "Arca, yo no sé, tú no te habrás equivocado" y me decía: "qué me voy a haber equivocado, tu duermes tranquilamente aquí, desgraciado".

Paco el Cura [García Salve] me lo presentó Arcadio. Me dijo Arcadio un día en el sindicato: "te voy a presentar a un curita", le digo: "vete a tomar por saco", con lo mal que me caían los curas. Yo he hecho con el Paco diabluras por ahí, era muy valiente y muy echado para adelante, pero un poco bocazas. Yo caí una vez con él detenido, íbamos juntos y llegamos a Gobernación y decía él a la policía: "ya os queda poco, os tengo aquí", le dieron de hostias hasta en el paladar. Fíjate como sería que estaba yo en una silla y me levanté y me fui para él diciendo: "venga hombre, no hay derecho, no hay derecho a esto" y me metieron para un rincón: "cállate tu tonto de los cojones, este es un curilla malo, no lo ves, y encima viene aquí provocándonos". El Paco es que provocaba. Yo he hecho muchos mítines con Paco, he hecho mítines en Cuenca, he corrido con él todo Extremadura con Paco, he estado en Bilbao, estado en todos los sitios. Estuvimos en un pueblo que llaman Jódar, en Jaén, hicimos un mitin allí, el polideportivo que era grande estaba lleno hasta los topes, nos tuvimos que quitar hasta la chaqueta y todo, asfixiados de tanto hablar. Andábamos organizando el sindicato, las elecciones y todo, era también cuando los bonos. Un día cuando veníamos de viaje me dice por el camino: "oye Maca, tú crees que yo puedo vivir en el socialismo", le mire y le dije: "¡la madre que me parió! ¿por qué estamos luchando nosotros si no es por eso?, cómo me dices eso"; "hombre te lo digo...", intentó contestar, y le digo: "me lo dices porque tú sigues siendo cura, cabrón"; aunque, la verdad, no sé si lo decía por eso o porque

la liaría en todos los sitios.

Allí estaban los más viejos: los de Vallecas. Luego, otra generación intermedia: los de Parla, Nazario, Juan el Madriles, el ferralla de Leganés; el que llevaba la huelga del Rayo Vallecano, que era muy anarquista. Un día en su casa en Carabanchel, que vivía en una casa de esas bajas y tenía en el patio un columpio hecho y una horca y tenía un guardia civil de madera hecho y les enseñaba a los niños: "la carne de guardia civil no se come porque está muy amarga, muy mala, hijo mío". Era un anarquista de tres pares de huevos. Me acuerdo cuando la huelga del Rayo que montaron una. Yo no podía entrar, no podía ni arrimarme porque echaron un pasquín: "CC.OO. y Maca por detrás de la huelga, han organizado la huelga". Subieron a la grúa y yo estaba en la acera de enfrente viéndolo y les decía la policía, el teniente: "hagan el favor de bajar", y Paco, que creo que se llamaba, les contestaba desde arriba: "¡subir pá arriba si tenéis cojones vosotros!". Y ya al rato le dice otra vez el Paco: "cuando quites la carroña de por ahí, bajamos nosotros". Quitaron los guardias de por allí y bajaron de la grúa y le dice al teniente: "que conste que hemos bajado nosotros, porque tu no tenías cojones de subir arriba". Este era un anarquista de miedo, pero qué duro era.

Luego estaban Rojano, que era también durísimo. Estuvo en Italia, le mandamos a él allí con los sindicalistas italianos y cuando vino casi se me saltaban las lágrimas cuando me contaba: "Maca ¿sabes cuánto te quieren allí en Italia, sabes que estímulo tienes allí,

sabes como hablan de Maca, como si fuera un artista? También estaban los jóvenes, el Javier, el Pablo Flores, el Pelos, el Torres, Jacinto el de Usera... Había un grupo de ferrallas allí en la Nueva Esperanza, que fue donde lleve yo a Paco y se lo presenté a los ferrallas y le dije hazte ferralla y ¿sabes lo que me decían los ferrallas al poco tiempo?: "joder, nos enseña el cabrón a nosotros, es muy listo el tío este, vaya un cura cojudo".

También había apoyo a los jóvenes. Javier, el Gitano, era un tío listísimo y no cobarde, valiente. Daban buen ejemplo los veteranos. Yo he promocionado a mucha gente, no me pesa, a mí me decía Arcadio algunas veces: "si yo no te conociera diría que eres marica, porque cuando ves a un chaval joven te vuelves loco" y le decía: "sabes por qué, porque ese chaval es el que me tiene que relevar a mí y a ti te relevaran ellos, por eso hay que ayudarles, hay que promocionarlos, hay que alentarlos, por eso". Como el gallego aquel, el Macanudo, que habló en la asamblea de la obra y me dijo: "me aplauden, pues si me aplauden es que me entienden"; "pues claro, tu pégale fuerte ahí, sin miedo ninguno", le decía yo. Hacía igual con todos y estaba muy orgulloso de ello.

Había mucha solidaridad entonces. Las cuadrillas repartían con el peón que les ayudaba, se peleaba por los que venían de fuera para que se les pagase el viaje; por cierto, era gente estupenda y con mucha conciencia, los de la Guardia, Villa de Don Fadrique, etc.

¡Hasta conejos y pollos vivos me llevaban a mí a la

cárcel! Luego había solidaridad entre nosotros, se perdía dinero para los presos, en el Boletín de la Construcción siempre había dinero, se recogían fondos en las obras para los despedidos y se publicaban además las listas con las ayudas de las obras y las zonas. Si cuando teníamos huelga es cuando teníamos dinero, y decía yo "vamos a hacer huelga todos los días, si es cuando tenemos la hucha llena". Entonces teníamos más solidaridad ¡Qué bien que nos llevábamos todos! Podíamos discutir pero luego después todos juntitos. Yo con Arcadio he discutido mucho, pero nos ayudábamos.

Yo, si volviera a nacer, lo haría de nuevo, pero mejor hecho. Todo el mundo ha cometido equivocaciones y yo también me he equivocado a veces y he cometido errores, no los haría, pero volvería a la lucha, eso es indiscutible. No me pesa, todo lo contrario, yo estoy orgulloso de haber dado todo lo que tenía que dar. Que ahora no tengo los servicios que me corresponden, que ahora a lo mejor me hacen así guiños y no me dejan o me apartan, ¡me importa tres cojones! Yo tengo mi conciencia muy tranquila, que no he cogido nunca un real de nadie y que he estado siempre ahí y he dado todo lo que he podido dar. Que no he dado más, pues no he dado más.

Bueno, me pesan algunas cosas, sí, porque yo cada vez que oigo hablar a Antonio Gutiérrez, algunas veces, y a Cristina Almeida y algunos así, pues me encorajino y me pongo de mala leche. A Antonio Gutiérrez le conozco yo de cuando trabajaba en el metal, de sol-

dador; yo he hecho asambleas en su trabajo, yo conozco a Antonio Gutiérrez antes de empezar él a meterse de lleno y yo le he apreciado siempre mucho, como a ti y como a todos. Me decía ¡vaya unos cachorros que tengo, estos tíos valen mucho! Contigo me pasó lo mismo, cuando tú me dijiste a mí, cuando te viniste de tu casa porque te tiraste por el balcón huyendo de la policía y vienes a parar aquí y me dice que te vas a la marina mercante, dije: "¡tú que te vas a ir si no eres marino!, tú eres de seco como yo, tú a la construcción, tú tal tú cual", y hablé con unos y con otros para empezar a llevarte a trabajar en Huarte. Y con Antonio Gutiérrez me pasó igual y tú ahora lo ves de esta forma y dices ¿y cómo es posible que me hagas esto, chaval?

Pero no me pesa la lucha, al contrario, yo tengo ahora mismo un montón de gente que me aprecia. Mira, allí donde estoy ahora, en un pueblecito de Murcia [Lopagán], hay un vecino que es de Murcia que trabaja en el juzgado, yo no lo sabía, pero parece que tiene un buen puesto en el juzgado de Murcia y nos saludábamos: ¡buenos días, buenas tardes, qué tal estamos!, en fin, nada más. Pero él sabía quién soy, porque es socialista y conoce a CC.OO. de Murcia y me dijo: "hombre, usted es Macario, es que los comunistas habéis sido muy malos, los socialistas tampoco hemos sido buenos. Yo te conozco, me han hablado de ti mucho, si te hago falta para algo, si necesita cualquier cosa, si precisas mi coche, aquí está". Todo el mundo así, eso da mucha satisfacción. Yo tengo mi concien-

cia muy tranquila, donde voy encuentro amigos y, como decía antes, si volviera a nacer, volvería a hacer lo mismo.

31 de agosto de 1997

BIBLIOGRAFÍA

- ARIZA, Julián, "Comisiones Obreras", Barcelona, Laia, 1.976.
- BABIANO MORA, José, "Emigrantes, cronómetros y huelgas", Madrid, Fundación Primero de Mayo-Siglo XXI, 1.995.
- BIESCAS, J.A. y TUÑÓN de LARA, M. "Historia de España" tomo X, Madrid, Labor, 1.982.
- CAMACHO, Marcelino, "Charlas de la prisión", Barcelona, Laia, 1.976.
- CAMACHO, Marcelino, "Confieso que he luchado", Madrid, Temas de Hoy, 1.990.
- COMÍN, Alfonso Carlos, "¿Qué es el sindicalismo?", Barcelona, La Gaya, 1.976.
- CONSTRUCCIÓN, Boletines de las Comisiones Obreras de la Construcción de Madrid, Archivo Histórico de CC.OO.
- DE LA VILLA, Luis Enrique, "Materiales para el estudio del sindicato", Madrid, Ministerio de Trabajo, 1.984.
- DIAZ-CARDIAL, Victor, PLÁ, Juan Francisco, TEJERO, Adolfo y TRIANA, Enrique, "Madrid en huelga. Enero de 1.976", Madrid, Ayuso, 1.976.
- FONDO de María Luisa SUÁREZ, "Demandas Obreras y Tribunales Franquistas", Madrid, Fundación Primero de Mayo. Archivo Histórico de CC.OO., 1.991.
- GARCÍA NIETO, María Carmen y DONEZAR, Javier, "La España de Franco. 1939-1973", Guadiana, Madrid, 1.975.
- GARCÍA PIÑERO, Ramón, "Los mineros asturianos durante el franquismo", Madrid, Fundación Primero de Mayo, 1.990.
- GONZÁLEZ, Arcadio, "La construcción", Madrid, Ayuso, 1.977.
- "Cuadernos para el Diálogo", Madrid, Octubre 1.973, septiembre 1.974, diciembre 1.974, enero y febrero 1.975, abril 1.975.
- MATEOS, Abdón, "Comunistas, socialistas y sindicalistas ante las elecciones del Sindicato Vertical", Espacio, Tiempo y Forma, n1 1,

Madrid, 1.987.

MORENO, Agustín, "Granada, 1.970: un viaje a la memoria", Madrid, Diario 16, 23/7/1.995.

ORGANIZACIÓN INTERNACIONAL DEL TRABAJO, "La situación laboral y sindical en España. 1.975",

SARTORIUS, Nicolás, "El sindicalismo de nuevo tipo", Barcelona, Laia, 1.977. o "El resurgir del movimiento obrero", Barcelona, Laia, 1.975.

RUIZ, David (ed.), "Historia de Comisiones Obreras (1.958-1.988)", Madrid, Siglo XXI, 1.993.

RUIZ, David y BABIANO, José, "Los trabajadores de la construcción en el Madrid del siglo XX", Madrid, Akal-Fundación Primero de Mayo, 1.994.

SOTO, Alvaro, "Auge y caída de organización sindical española", en Espacio, Tiempo y Forma, Historia Contemporánea, Madrid, UNED, 1.995.

TAMAMES, Ramón, "La República. La Era de Franco", Madrid, Alfaguara, 1.973.

TORRES, José (coord.), "Perspectivas del movimiento obrero", Madrid, Akal, 1.976.

VV.AA. "Anuario de Relaciones Laborales en España. 1.975", Madrid, Ed. La Torre, 1.975.

ZAMORA, Miguel Ángel e IBÁÑEZ, Fidel, "CC.OO. Diez años de lucha (1.966-1.976)", Zaragoza, CC.OO. 1.987.